

alpie de la letra

marzo 2025, número 24 *literatura arte humanidades*

Neto y Jerry disputan sobre la siguiente portada de "alpie de la letra"



Ing. Carlos Sauri Duch
Rector de la Universidad Modelo

Dr. Carlos E. Sauri Quintal
Director General de la Universidad Modelo campus Mérida

Dr. Luis Jorge Urzaiz Duch
Director de la Escuela de Humanidades

Lic. Juana Mateos de la Higuera García-Uceda
Mtra. Adriana Estrella Pacheco
Dr. Rogelio Rosado Marrero
Mtro. Elías Manuel Hernández Escalante
Dra. Xóchitl Partida Salcido
Consejo Editorial

Dr. David Loría Araujo
Coordinador Editorial de *Al pie de la letra*

Mtra. María de Lourdes Pérez Cruz
Coordinadora de Diseño y Maquetación

Br. María Camila Berzunza Gaber
Asistente de Coordinación

Br. Esther Lara Abreu
Br. Anahí Moscoso Romero
Br. Emelyn Yolanda Canché Contreras
Br. Rodrigo Gutiérrez Puerto
Br. Nelson Javier Sosa Alpuche
Asistentes Editoriales

Br. Pamela Carvente Tun
Br. Rodrigo Gutiérrez Puerto
Br. Regina Alessandra Peláez Gutiérrez
Br. Emelyn Yolanda Canché Contreras
Br. María Camila Berzunza Gaber
Equipo de Diseño y Comunicación

Dra. Lamiae El Amrani
Editora invitada del dossier *Hojas al Viento*

Ernesto Medina
netomedina.com
Artista invitado

ALPIEDELALETRA, número 24, marzo 2025, es una publicación semestral editada por la Escuela de Humanidades de la Universidad Modelo. Carretera a Cholul, 200 m después del Periférico. Mérida, Yucatán, México, C.P. 97300. Teléfono: 01 (999) 930 1900, extensión 2701. Correo: alpiedelaleta@modelo.edu.mx. Editor responsable: David Loría Araujo. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo e ISSN en trámite. Impresa por Factor Imprime, con dirección en calle 21, número 252 J por 30A y 32, colonia La Florida, C.P. 97138. Este número se terminó de imprimir el 10 de marzo de 2025, con un tiraje de 750 ejemplares.



UNIVERSIDAD MODELO
ESCUELA DE HUMANIDADES



Letras de Agua

Odette Lizarraga Quintero

Inicios de jardinería

1

Michelle Arrébola

De aquí nadie sale

3

Christian Gómez Córdova

Trayecto a Ciudad del Carmen

6

Josshua Tenoch Martínez Ortiz

Dios, conviérteme en una flor

7

Mariana Vega Hernández

El aleteo

11

Manuel Antonio Cervera Cetina

Itaca es el viaje

13



Manos a la Letra

Beatriz Marfil Río

Lo que cabe en un bolsillo

15

Esther Lara Abreu

¡Qué lento pasa el tiempo!

17

Anahí Moscoso Romero

La clase de pilates

18

Darleyn Farfán

Penitencia

19

Daniel Sibaja Tuz

Un pequeño diccionario de poesía. Sobre *Bonzo*, de Luis Alberto Arellano

23



Siluetra

Carlos Camargo Pinzón

Hacer cosas con dibujos

25

Ernesto "Neto" Medina

Selección de obra gráfica

27



Hojas al Viento

Lamia El Amrani

El hispanismo árabe

29

Abdul Hadi Sadoun

La ciudad

31

Khedija Gadhoun

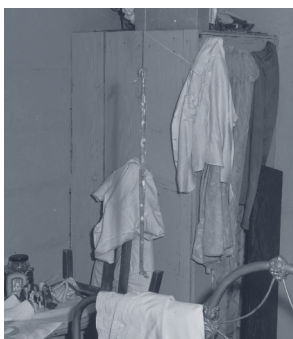
Aquello que nos humaniza

33

José Sarria

Tiempo de espera

35



Texturas del Sentido

Frida Acevedo

Flores en el armario

37

Diana Soberanis Mena

Cadena

39

Yobaín Vázquez Bailón

Qué pensaba Hitler de Acapulco

41

Diego Gutiérrez González

5:00 de la tarde

43

Pamela Castro Amaya

La cena familiar

44

Cybèle Cébyle

Armando

45

Inicios en Jardinería

Odette Lizarraga Quintero



*Trees torn out by their roots,
Johnstown, Pa. (1850-1930)*
Imagen: Charles Knight | New York
Public Library | Dominio Público.

I
La tierra de cultivo, que antes se medía por hectáreas,
ahora se registra en píxeles.
Me cuenta mi sobrina que ella cosecha todos los días.
En su vida virtual, es agricultora.
Una vida muy sensata, falta de esfuerzo,
se realiza en la comodidad de su cama, con el clima controlado.
Los árboles frutales crecen en tres noches;
para la tercera, se festeja el festín del otoño.
En su villa, nadie pasa hambruna,
el milagro asegurado por el *Animal Crossing*.
No repudio la tecnología, con ella transcribo.
Mas hay oficios que deberían mantenerse aislados de este mundo programado.
Por ejemplo, el del alimento.
Es irónico pensar que hacemos lo que tanto anhelamos,
pero el miedo a fracasar se nos cuela por los costados.
Quizá, por eso, elegimos ser granjeros artificiales antes que agricultores reales.

Le pregunté si conservaba la cosecha,
—¿para qué? —me respondió ella.
En el mundo artificial no existen las sorpresas.
La seguridad es la base de su programación.
De pronto, me entra la melancolía ante la incertidumbre de la vida.
Cuando salgo al patio, hace calor,
y le digo a mi sobrina, experta en jardinería,
—Tal vez sería bueno sembrar fresca.
Me mira perpleja y me responde que el aire acondicionado no se siembra
y tiene razón.

II

Nadie da indicaciones con los árboles,
no escuchas al joven de la ferretería decir:
—En la esquina de la mata de chaya,
dobla a la derecha, avanza hasta ver el ciricote,
dos cuadradas después, frente al naranjo, está el vivero—.
No, te mandan a encontrar un hexágono rojo tipificado,
una estatua mohosa y una reja oxidada.



Tree roots (1950) Imagen: Walter Silver New
York Public Library | Dominio Público.

Mi hermana me pregunta
por qué me empeño en pedir indicación, si existe el Google Maps.
Le respondo que me aterra el olvido.
El salir un día a habitar la tierra y descubrir que no la reconozco.

Quizá tiene razón y debería dejar de atentar contra los ciudadanos,
resignarme a entender las líneas homogéneas que representan mi ciudad
y deleitarme con la voz robotizada que me dirige:
—Da vuelta a la derecha en trescientos metros.
Quizá esta es mi lucha, una revolución absurda de conserva.
Al fin y al cabo, prefiero perderme a rendirme ante una voz
que nada sabe sobre atajos para evitar la avenida.

III

En abril, cumple años mi sobrina.
Me acerco a ella, le doy un libro y una limonera.
Al recibirlos, me dice que quería un iPad.
Señalo al guardián de las letras,
y le pregunto si lo quiere leer conmigo.
—¿De qué trata? —se adelanta,
—De un jardinero, como tú —la convengo.
Como es dulce, me dice que sí,
pero solo si yo lo leo y ella lo escucha.
Entonces me dedico a contarle la historia,
sobre un principito y su amada rosa.
Lo hago con malicia,
porque me aterra pensar que ella no tenga una rosa para amar.



Photographic Sketches of Ashridge,
with descriptive letter press (1863)
Imagen: Charles May

The British Library Archive | Dominio Público.

Al atardecer me acompaña a sembrar su nueva mata.
Como dos especies introducidas, alteramos la vida que ahí antes regía.
Excavamos la poceta, desvestimos la planta,
con sutileza la asentamos en su nueva casa.
La jardinera se detiene un instante, me mira temerosa,
ha descubierto que todo lo vivo posee la capacidad de perecer.
—No te preocupes —la consuelo.
Mientras, descifro cómo rellenar el suelo.
Ella se mantiene alerta, porque las dos sabemos,
quien no conoce su tierra, está destinado a destruirla.

De aquí nadie sale

Michelle Arrébola



Mexican children playing in ditch which runs through company cotton camp near Corcoran, California (1936)
Imagen: Dorothea Lange | The New York Public Library | Dominio Público.

Bruno desaparece el 10 de mayo del 2018,
a 5 kilómetros del domicilio de la casa de su madre.

Estaba de visita en la región del istmo
por el primer periodo de vacaciones que tenía.

Lukas Avendaño.

Alguien tiene 6 años

A los 6 años Salí de mi primera presentación de ballet como si ya me hubiera graduado
A los 6 años uno jamás dimensiona el tamaño de un proceso
A los 6 años se siente rica la *rockaleta* y tienes ganas de correr súbitamente
pero sí cuánto duran 6 años,
pero sí cuánto duran 5 minutos de haberse perdido de mamá

Alguien es de Guerrero
Y Guerrero es guerra
Quizá por eso alguien nombró así al estado

Alguien decretó que, en cada tierra saqueada y violada, habría arena
caliente por donde quiera que se escuchase una bala
Alguien sabía que alguien a los 6 años
saliendo de ballet, tomaría un rifle
y se tendería sobre el concreto caliente para quemar sus miedos
Alguien, con guerra en la lengua, le daría a Guerrero un guerrero de 6 años
[dispuesto a jalar un gatillo por la guerra
Tenía 6 años y no tenía miedo de tener una bala en el pecho, pero sí miedo de tener miedo
Y que me tiemblen las manos
Y que la tierra se mueva

Y que mi ira heredada contamine mi voz
Yo miro como se mira al enemigo:
con firmeza y descarga

Yo miro a través de un gatillo y veo a mi má y mi pá escondidos
Veo a mi primo y a mi hermano
Yo miro por un gatillo que me rebota en el rostro perdido y
desaparecido de Junior desde que no regresa
Allí uno no sabe cuándo le pueden levantar y esa misma noche no regresar a contarlo

¿Quién va querer ir al campo si no vamos con tu gatillo en mano pa cuidarlos?
Si alguien quita el campo nos quitan el sol y el agua-sangre del cuerpo
Si nos quitan su cuerpo nos quitan la oportunidad de que, con 6 años,
pueda callar el dolor de mis hermanos escondidos en la tierra nuestra

Porque no importa qué tanto se vayan con la finta
de que pueden entrar como Juan por su casa,
la tierra reclama a sus vivos cuando más muertos dentro de ella los tiene

*Usted no sabe
cómo cuesta encontrar el amor
en estas condiciones.*

A los 6 años me casé
Alguien me dijo que tocar una pistola te hace grande y
los grandes se casan porque así son las cosas
No sé de qué se trate el matrimonio, pero ya ni modo
aquí estoy casado con mi lucha
Mi lucha comienza a los 6 años porque tendrían que pasar otros 5
para que el nuevo *comandante*
me deje de tocar debajo de la ropa por las noches
Así mi matrimonio con
mi guerra y mi saqueo
en este pueblo que es mi cuerpo
y que durará por lo menos 5 años más

Para cuando termine, tendré 11
y podré irme a patrullar las calles de mi pueblo
Podré enseñarles a mis hermanitos



*Miner's boots, Mogollon, New Mexico (1840) Imagen: Russell Lee
New York Public Library | Dominio Público.*

cómo protegerse del gatillo y sus alcances
Cómo proteger el agua-sangre de sus cuerpos, de sus campos

A los 11 soy un militar ex bailarín de ballet altamente calificado
para la protección de cualquier persona menos de mí mismo

a los 11 ya el paliacate y el rifle pesan menos
me parezco a mi papá
también a mi mamá
así que mejor no hablo
solo permanezco quieto
esperando
si alguien se atraviesa le meten un plomazo
de aquí nadie sale
de aquí nadie entra
yo miro como se mira al enemigo:

con respeto y silencio

*Usted no sabe
cómo cuesta encontrar el amor
en estas condiciones*

tengo 11 y 25 y le conté a mi mamá de mi lucha
que no es la misma que su lucha
ni la de todos los demás que no saben por qué tienen su mano en el gatillo
donde es Guerrero hay guerra
pero nomás los grandes saben bien
porque quienes nos acostamos en el cemento caliente, tenemos una lucha distinta

¿Cuánto dura una bala en llegar al corazón de Morena?

¿Cuánto dura una bala en llegar a otra bala?

tengo 11 años, aunque ya son 25, pero dicen que el amor se queda donde se queda la lucha
alguien dice lengua y no se queda, atraviesa
como bala
como la bala de mi lucha
aquí, atravesando mis 6 mis 11 y mis 25 años
mi panza caliente lleva la marca de mi lucha
de mi panza caliente salen mis balas
de mi panza caliente por el cemento caliente nace mi silencio y su bala perdida
aquí,



Street scene at Tampico (1898) Imagen: Mayo & Weed | The New York Public Library | Dominio Público.

*Usted no sabe
cómo cuesta encontrar el amor
en estas condiciones.*

Trayecto a Ciudad del Carmen

Christian Gómez Córdova

Siempre vuelvo...

A las escenas urdidas falsamente bajo mi sombra, a la mentira afelpada, la ilusión de tela donde he inscrito el relato de unos ojos nuevos y unos pies ansiosos por zambullirse en las aguas.

Manejamos.

A la derecha está el mar asediando la carretera.

Ahora ya no hay ojos nuevos, ahora ya no me gusta nadar. Pero el sol se amodorra y los pescadores regresan. Hoy el mar es una crinolina donde los pelícanos esculpen su cuello interrogante sobre los maderos, y la brisa susurra el trinar de las gaviotas, que se cantan para soñar en el lomo de los botes.

Siempre vuelvo...

Al engaño de algodón y parches.

La memoria es esta manta, cosida por mis manos, en la que he decidido tender mi presente. En ella bordo –como Hefesto sobre el escudo del Périda– una genealogía inventada por mi añoranza, el rostro sin rostro de los que sólo existen, detrás de mi mirada, envueltos en vaho y murmullos. En esa colcha hay costurado un momento parecido a este: un auto deslizándose por el asfalto entre el aburrimiento de seis horas y los riscos que amenazan siempre con desgajarse. A lo lejos, los contornos ondulados de la selva como espesas nubes verdes. Dentro del coche, dos mujeres y cuatro niños; cuatro niños que se han quitado los cinturones y se pegan a los respaldos de enfrente porque a lo lejos, por una rendija entre las colinas, por fin han visto aparecer la línea horizontal azul.

Hoy me recuesto en esa quimera de mariposas y alfileres.

Y tú y tus padres están ahora, aquí, conmigo, pero nunca sabrán...

Manejamos.

A mi izquierda dormitas. Yo te sostengo la cabeza, te beso los labios entreabiertos. Pareciera que el futuro de arista azulada se nos revelará de pronto; que la vida está allá, adelante, esperándonos al otro lado de este cristal acuoso y del decanto del sol; aguardando con su cabello de jirones suaves, su voz de pajarito, sus ojos negros.

Pero siempre he de volver...

Y en este auto vamos tú, y yo, y el mar de espejo empañado y horizonte, y tus padres, y tu hijo al otro extremo de esta isla, y cuatro niños de humo en los asientos, y dos mujeres vaporosas de quienes aprendí a querer, y el hilo entreverado de esta frazada que llevo, que me revuelve el tiempo, que narra la ficción que seré hoy que fui mañana, que soy ayer.



Where the road skirts the sea near Santa Monica, Southern California (1862-1963)

Imagen: Irma and Paul Milstein Division of United States History | The New York Public Library | Dominio Público.

Dios, conviérteme en una flor

Josshua Tenoch Martínez Ortiz



Flowers, Earth's silent voices (1865) Imagen: Sophina Gordon:
The British Library Archive | Dominio Público.

Todo dios pierde siempre su criatura
Toda criatura se cree autora de su dios

Ulalume González de León, Plagio.

I
¿A dónde se fue
la verdad de mi cuerpo?
Hoguera del espíritu;
espina dorsal del mundo.

II
Yo había amado a otros hombres,
ninguno se te parecía;
me habías mirado más allá del género,
lejos del sexo.
Hiciste del lenguaje una cadena;
me envolviste en ella.
Resignificaste cada letra,
distribuiste la palabra

por todo mi cuerpo:
me pintaste azul,
salí del gris
y me uniste a ti;
(me habías vuelto real)
otra vez el Hombre
"descubriendo"
y
significando
LA OTREDAD.

III
Besabas mi cuerpo sin asco.
Llevabas tu lengua a zonas
que yo no soportaba tocar.
Me reconocías humano—

*Te amo,
Te adoro,
Te nombro,
Te delineo,*

*Te dibujo,
Te pinto,
Te pronuncio.
Mi Medea con verga.*

Rodeabas mis estrías con tus labios,
lamías el vello de mis piernas
y besabas con parsimonia
las marcas de acné.
Degustabas mi triple
formidad.
La persona pronunciada
dotada de humanidad;
yo era tu creación.

IV
Quiéreme el cuerpo
con su resequedad
de lagarto.
Quiéreme la boca
con su suciedad
y bacterias.
Quiéreme el ano
y su proyección
de vacío sin fondo.
Quiéreme las entrañas,
y su deformidad
curvada a la ingestión y
digestión de emociones
ingeridas en ansiedad.
Quiéreme la feminidad,
el manierismo, lo torcida,
lo chueca, lo puta.
Quiéreme, quiéreme,
quíereme, por favor,
quíereme.
Nadie, nada, no, nunca.

V
Jasón,
no puedo
escapar
a la sangre
de mi madre.

Hay
agonía
en mis
venas:
escasea la luz.

VI
Buscaba en ti
toda la masculinidad
que a mí me faltaba.

Tus hombros firmes,
la soltura de tu torso,
lo apretado de tu mandíbula
y el cansancio de tu mirada.

Repetía al patriarcado
y era capaz de llevarlo al límite
con tal de hacerte feliz,
repetía una historia ya conocida,
[desgastada,
me perdí entre las máscaras,
—estasis a la opacidad del cuerpo—.

Buscaba a un Hombre
y era un Hombre
lo que me dabas:

con la fuerza de tus puños,
la desfachatez de tu engaño
y la dureza de tu masculinidad
me preñaste de homonorma.

VII
Disoluto en tu habitación,
me enredo
a la estática de tu cama.
Así, desnudo y vulnerable
me gustaría poder
[penetrarte,
y al hacerlo,
probar el ejercicio del poder.
¿Qué se sentiría penetrar a un macho?
¿Qué se sentirá adentrarse
a ese túnel caliente
y apretado de Hombre?

No lo sé, llevo al diablo en mi cuerpo;
soy un rayo de sol extraviado
a mitad de la noche.



Œuvres complètes de Jean Jacques Rousseau (1788)

Imagen: Gabriel Brizard | The British Library Archive | Dominio Público.



Bouquet of pansies

VIII

La biología me había alcanzado

XY

XY

XY

Nunca XX,

No más allá del XY o XX,

no importaba que sucediera, XY

XY,

Mi cuerpo sería por siempre XY

XY,

*Cambiarás al Género, pero nunca, nunca
nunca, el sexo.*

Reduccionista de mierda

Cis

Hegemónico

Transgénico

¿El sexo me había predestinado?

Los cromosomas besan y

lamen mi sexo, me susurran al oído:

Hombre

Hombre

Hombre.

IX

Jasón mío,

¿te acuerdas del coito de pronombres
sin consentimiento?



Pansies in glass vase (1905) Imagen: Autor desconocido | Library of Congress | Dominio Público.

X

Soy una estrella de papel,

[desechable,

con la nada palpitando en la sien.

Mi corazón es una morgue

blandida en los trozos de tiempo

mutilado por un Dios olvidado.

Me nació a partir de luces negras,

graznando en un helecho palustre,

[somnoliento,

disolvente luz solar de un mes único.

La tristeza germinándome la losa

de mis pulmones floreados,

estrujando mi aliento monótono,

besando mi lengua raíz—

con delicado hábito, Lucifer,

mi amor,

polvo a la sombra de una polilla,

abre el infierno en mi cuerpo,

mis fisuras infernales—

denuncia herbosa y olvidada,

sílaba muerta

con un único deseo:

Dios, conviérteme en una flor.

XI

Te cantaba y te lamía

y te mordía y te chupaba

y te masticaba y te engullía

y te atragantaba

y te deshuesaba,

pero, estabas delimitado por

[palabras,

no eras, nunca habías sido:

yo te había inventado.

XII

Jasón, se redujo la distancia

del horizonte, la sombra y su

luz afluyen nervio a nervio

sobre tus alas caídas de muerto.

El aleteo

Mariana Vega Hernández

El aleteo
de una mariposa
se siente aquí
y al otro lado del mundo.

De niña no necesitaba de mucho,
tan solo un campo verde,
un árbol que trepar,
un columpio,
llegar hasta el cielo.

¿Es la inocencia la que nos permite la claridad o la que nos aleja de la verdad aparente?

Las mariposas pueden ver colores
que nosotros no podemos.

El dolor es de color naranja.
Pienso en el dolor como una pulsación en el pecho,
un acto que te provoca dormir por horas y horas.
Pienso en esa sábana que enredo entre mis piernas.
Pienso en las tardes lluviosas,
en la emoción que me causa ver los charcos de agua
que reflejan mis cielos.
Pienso en la ansiedad que me da al hablar con la gente,
en el silencio que añoro perpetuar por días.

Pienso en mí, en todo mí y sus ilusiones.
He perdido toda imagen reflejada ante el espejo.
Es demasiado,
mis pensamientos toman una forma entretejida,
como telaraña,
como urdido.

Es, o somos, o soy yo
una red más de puras uniones.
Soy un cuerpo resistente.
Somos un cuerpo resistente.

¿Es la ingenuidad la que permite que las cosas se vuelvan visibles?

Las mariposas polinizan las flores de algodón.
Mi madre, desde el hogar, habla sobre las cosechas.
Ella dice: "Si cosechas acciones, las recibirás de vuelta".



Watercolor illustration of the nettle butterfly, in various life stages, on the leaves of a plant, with manuscript description (1824)
Imagen: Carl H. Pforzheimer Collection | Library of Congress | Dominio Público.

La verdad es que no riego las plantas, suelo sentarme a verlas decaer.
Observo esa pequeña costilla de Adán que llora en la maceta.
Un día me di cuenta de que, a las plantas, las he desprotegido como a mi persona.
No me quedan pastos verdes, solo me queda el piso de concreto
en el que me acuesto a ver las nubes, desde el punto norte de la ciudad.

¿Por qué se abandona el amor?

Las mariposas se mimetizan para protegerse de sus depredadores.
El sigilo me arroja en los días extraños.
En ellos el silencio es placentero, disfruto del error.

Anomalías del tiempo real, regresiones al pasado y resignificación de los eventos
futuros, recurso tras recurso para vincular los hechos y reconocer la verdad de las cosas
que uno vive intermitentemente.
Repito y repito.

Los humanos elegimos propiamente.
No hay día ni momento en el que no elegimos.
Se nos han presentado oportunidades y escogemos,
con dicha o desdicha.

Las mariposas monarca migran hasta 4,500 kilómetros.

Las mariposas migran por clima,
alimento,
reproducción,
y supervivencia.

Buscan cumplir su ciclo de vida y adaptarse
a los cambios que se presentan en el entorno natural.
El tono anaranjado y brillante de las mariposas monarca es casi idéntico al color de la
flor de cempasúchil:
naranja,
como el dolor y la pérdida.

Un día desperté en búsqueda de alimento y terminé migrando.
Dejé todo.
Hay un mundo que se abre en la soledad y el autodescubrimiento.
Soy aquello que cabe en mi maleta de 10 kilos.
Un mate sin hierba y un par de sueños que buscan ser cumplidos,
un fenómeno tanto natural como primitivo,
el acto más puro de la naturaleza,
el de pertenecer.

Ahora es cuando me lanzo al vacío y me dejo caer.



Machaon or Swallow-tailed Butterfly (1809) Imagen: George Shaw
The New York Public Library | Dominio Público.

Ítaca es el viaje

Manuel Antonio Cervera Cetina



Northward over the 'Great Ice' (1898) Imagen: Robert E. Peary, Robert Edwin | The British Library Archive | Dominio Público.

¡Qué fastidio es detenerse, terminar,
oxidarse sin brillo, no resplandecer con el ejercicio!

Alfred Tennyson, *Ulises*

Mi Telémaco, imberbe aventurero,
esta mugre isla te queda brincacharcos.
Tus sueños son
velas hinchadas
vientos favorables
corrientes mansas.
Toma tus Converse harapientos y zarpa,
ahoga tus ojos de paradisíacos escenarios,
inunda tus oídos de la sabiduría de otras zonas horarias.
Ensambla la armadura de tolerancia, paciencia y amor,
que blinde tu corazón y electrice tus manos para, firmemente, señalar el camino a seguir.
Naciste para abrir brecha a machetazo limpio.
Lo susurró el oráculo al oído de tu madre,
una niña pecosa de la que me enamoré en el ocaso del siglo pasado.

¡Ay, Telémaco!
Ítaca no existe,
Ítaca es el viaje.
Te lo dice este anciano aburrido
que estuvo en una guerra legendaria,
hombro a hombro con divinidades, y los vio sucumbir por estúpidas debilidades calcáneas.
Te lo juro por Zeus.
Uno jamás se siente más vivo que en esos momentos,
[no importa de qué lado de los muros troyanos estés.

Te lo dice este veterano lisiado:
Ítaca es el viaje.
Los cíclopes te esperan
gigantes iracundos dignos de vencer.
No como los molinos imaginarios del hidalgo desgarrado.
Aquí tienes cera de melipona,
amarrarse al mástil está pasado de moda.
Las sirenas también son de verdad
y son más duras de roer que los cíclopes.
La seducción es más contundente que la fuerza,
la voluptuosidad envenena más que la ira.

Mi amado Telémaco,
tiempo ha que acaricié tu cabecita rapada al compás de tu pecho durmiente.
Come de los lotos y deja todo atrás.
Olvida tu patria tropical,
olvida las playas donde tus pies regordetes-infantiles-descalzos construyeron sus arcos
y se adornaron con las alas de Hermes
mientras pateaban un balón de fútbol.
Ítaca es una fantasía.
Ítaca es un espejismo.
Junta tus tiliches y suelta amarras.
Ítaca es el viaje,
créele a este vetarro canoso.
Naufragando se aprende a navegar.
No pierdas tiempo con Calipsos de izquierda o derecha,
Atlas es celoso de su deber y a nadie suelta prenda:
no abandona el globo ni para ir al baño.
Ítaca se va contigo.
Nuestra Penélope la guardó en tu maleta.
Ítaca late en ti.
Fluye desde tu acento:
Ítaca será donde asientes las plantas de tus pies.



Northward over the 'Great Ice' (1898) Imagen: Robert E. Peary,
Robert Edwin | The British Library Archive | Dominio Público.

Lo que cabe en un bolsillo

Beatriz Marfil Río



Children playing near water (1940-1970) Imagen: Morris Huberland | The New York Public Library | Dominio Público.

Tenía como cuatro años. Después de jugar un rato en el patio no supe qué hacer con las tantas rocas que junté. Ahí fue cuando conocí los bolsillos. Mi mano cupo perfectamente y le quedó espacio alrededor. Metí roca tras roca hasta que alcanzaron siete.

La siguiente vez fui más atrevida. Del otro lado del overol había un bolsillo tan grande como el izquierdo. Cargué con catorce. Con ellas construimos la casa más grande del jardín de niños y fuimos el equipo ganador al ser los más rápidos. Esta experiencia me regaló confianza y amor por los bolsillos. Si eso podía hacer con los de mi overol, seguro podría lograr más con pantalones, shorts o camisas.

A los shorts les cupo mi tortuga ninja, caramelos de fresa y uno que otro centavo. A la camisa apenas un peso y un crayón, pero a los pantalones les cupo casi todo lo que intenté meter: mi otra tortuga ninja, colores, dulces y papel de

emergencia, por si se me antojaba dibujar... Incluso le cupo el llavero en forma de diente de tiburón que la abuela me regaló.

Recuerdo lo decepcionada que me sentí el día que fuimos a la playa. Los shorts para nadar no llevaban bolsillos y mi mamá me regañó cuando no quise quitarme los pantalones para entrar al mar. La abuela me explicó que existen juguetes para el agua y no eran precisamente las tortugas ninja ni los crayones. Le creí, acepté ponerme los shorts de baño y abracé una pelota especial para mojarse, con la cual pude jugar y distraerme. Mamá invitó al tío Juan y él insistió en ponerme bloqueador en todo el cuerpo. Odié sus manos en mi entrepierna.

Al año siguiente la abuela murió y no me dieron muchas ganas de cargar con juguetes o crayolas. Esa tarde me senté cerca del tarro elegante que

rellenaron con sus cenizas y jugué con el llavero que me regaló. Los pantalones largos y negros que me pusieron no cargaron con nada más que ese llavero. No me faltaron ganas de meterme un puñado de la abuela en el bolsillo.

Mamá empezó a salir menos después de eso. Si no iba a trabajar, se la pasaba en su cuarto. Intenté animarla dejando pequeñas notas con dibujos en los bolsillos de sus uniformes. A veces los pocos caramelos que me quedaban de la abuela los escondía en su cartera para sorprenderla, pero eso sólo la enojaba más. Al final tuvo que venir el tío Juan a ayudar en la casa.

El tío Juan se desesperaba conmigo porque siempre quería llevar pantalón y no shorts. Le expliqué que el lugar perfecto para una tortuga ninja y crayones eran los bolsillos del pantalón. Él sonrió y me explicó que cualquier bolsillo sirve y que las niñas buenas deberían escuchar y ser obedientes. Esa tarde cenamos pizza sin mamá y me presumió sobre sus bolsillos de adulto. Metió la mano en su pantalón para sobarse entre las piernas, yo le dije que ni a los Motoratones de Marte ni a mí nos interesaban los bolsillos de adulto. A él no le agradó mi respuesta y me mandó a dormir.

En diciembre mamá recuperó su ánimo. Las festividades la mantuvieron ocupada y en navidad me regaló una bota llena de dulces y mini figuras de acción. Se acordó de lo mucho que amaba los bolsillos y hasta besó mi frente. Luego quedó noqueada por las pastillas y la sidra de celebración. El tío Juan se vistió de Santa Claus y me hizo sacar el regalo de su bolsillo de adulto. Mantuvo mi mano ahí más de lo debido, me incomodó y quise gritar, pero sabía que mamá no se despertaría.

El día de mi cumpleaños número siete, mamá no se presentó porque le hicieron trabajar doble turno. El tío Juan ya no dormía en su cama sino en la mía. No sé cuánto tiempo pasó después de eso; pero nunca escuché mi nombre, ni el cinturón del tío Juan al abrocharse, ni las llaves de mamá al llegar a casa. El sol me despertó con un golpe de luz y me obligué a dejar la cama para buscar ropa en el armario. No encontré mis ganas de ir a la escuela, pero sí un

suéter de la abuela entre mis cosas... Todavía olía igual que ella. Enredé la prenda alrededor de mi cuello y presioné mi nariz fuertemente contra el resto. Pude sentir cómo los bolsillos comenzaron a devorarme. El algodón se me metía a la nariz y a la garganta. Mantuve mis ojos bien cerraditos. El suéter succionaba mi cuerpo, era como un abrazo pendiente de la abuela; mi estómago se sentía calentito, como la sopa de los domingos. Las manos se entumecieron, el resto del cuerpo también. Quise escupir los trozos de algodón, pero seguían entrando y con el poco aire que guardaba recordé la lección de la abuela: no desesperes o te ahogas... La tensión me abandonó y no necesité respirar más, pero sí más de ese suéter con olor a mar y sabor a arena.

Me hubiera gustado decirle a mamá que cuide de mis tortugas y que nunca le preste mis crayones al tío Juan.



Children playing on beach (1940-1970) Imagen: Morris Huberland The New York Public Library | Dominio Público.

¡Qué lento pasa el tiempo!

Esther Lara Abreu



Flyfoto over Trondhjem (ca. 1930) Imagen: Mittet & Co.
Municipal Archives of Trondheim | Dominio Público.

Hay algo en los pueblos que obliga a la gente a quedarse, aun si saben que las oportunidades están afuera. Puede que sea la tranquilidad que producen las calles vacías, esa que tememos no encontrar en otros lados; tal vez es la confianza que nos produce conocer a todo mundo, pues en los pueblos el mundo son aquellos vecinos que conoces a lo largo de la vida; o ese acuerdo tácito de protección y amistad que no se estipula, pero sabemos que existe, como si tuviéramos un sexto sentido dedicado a la preservación del patrimonio familiar.

Sea cual sea el caso, no se trata de un conformismo flojo que nos impide participar en las competencias que llevan a cabo las grandes ciudades, sino más bien la seguridad de que en esas calles habitan los recuerdos de todas las personas que nos conocen desde bebés. Para nosotros son más importantes los *yo conozco a tu mamá o la última vez que te vi estabas de este tamaño*, que usamos como carta de presentación –y recomendación– al aventurarnos en nuevas oportunidades.

Es por eso que, en los pueblos, el tiempo pasa tan lento: siempre las mismas personas, los mismos trabajos, los mismos dichos. Las mismas familias produciendo niños con los mismos nombres que se vuelven jefes de los mismos pobres. Los mismos partidos políticos, reciclando los mismos candidatos que prometen las mismas cosas. Los mismos prejuicios que no desaparecen, pues son las mismas personas quienes los perpetúan.

Los mismos problemas que existen en el resto del mundo, pues aun si en los pueblos vivimos en una burbuja atemporal, eso no nos ha impedido adoptar las desgracias de las ciudades.

Hay algo en los pueblos que obliga a la gente a quedarse. Tal vez la esperanza de que, algún día, seremos tan importantes como los de afuera.

La clase de pilates

Anahí Moscoso Romero

Escuché el sonido de los resortes chocar entre sí y la sombra rápida de un cuerpo desfalleciendo a máxima velocidad hasta darse de bruces contra el piso. Todas nos quedamos calladas. Ojalá se me hubiese ocurrido mirar el rostro de las demás, quienes observaban con escrutinio a la mujer en el suelo. De prisa, la instructora se acercó para ayudar a la chica a levantarse y entonces pude apreciar la vergüenza en su cara, el sentimiento era tan pesado que parecía no dejar lugar para nada más. No había ojos ni boca, solo vergüenza. En ese preciso instante caí en cuenta de la dura situación en la que me encontraba, en la que todas nos encontrábamos. En aquel gran espejo que recubría la pared frente a nosotras podía observar los *reformers*, diversos artículos de ejercicio, toallas, termos de agua, ropa de ejercicio, cabello sostenido en altas coletas y mejillas sonrosadas por el esfuerzo. Había ocho camas. De pie sobre siete de ellas, nos encontrábamos siete esbeltas alumnas, con los *leggings* orgullosamente pegados al cuerpo, las pestañas negras cubiertas de rímel y esa actitud ganadora que confiere la delgadez.

La chica en el piso había caído sobre su espalda y tenía dificultad para levantarse, como una tortuga expuesta sobre su caparazón. La observamos levantarse con preocupación. ¿Qué nos angustia tanto en un mundo donde nuestros cuerpos nos hacen mejores por defecto? ¿Por qué de repente me siento tan desnuda?

Pienso en el delgado cuerpo de aquella actriz que admiraba de niña; pienso también en la foto en bikini que Kendall Jenner posteó hace dos días y cómo la guardé en mis favoritos para recordar la forma en que deseo verme. Yo no estoy en el suelo pero ya he caído. Creo que caigo todos los días.

Este tipo de lugares nos desnudan ante la mirada del otro, donde la ropa es tan ajustada que ser la única chica de talla grande en la habitación se vuelve imposible de ignorar.

Ella sabe que su peso no es el motivo por el cual ahora está en el suelo. Y las que estamos de pie también lo sabemos ¿Qué es entonces este molesto pensamiento de que tal vez sí lo sea? Además, si así fuera, ¿a mí qué más me da?

La verdad es que me da mucho, me da una validación y una superioridad sumamente codiciada. No obstante, también me hace sentir uno de los peores vacíos que he sentido en mi corta vida. Reconozco la vergüenza en los ojos de la chica porque es la misma que atraviesa mi rostro cada vez que alguien me mira a la cara y pienso en lo evidente que son entonces mis rizos desalineados, mis pestañas poco abundantes, mis dientes imperfectos y cualquier cantidad de textura que pueda haber en mi piel. Así comprendo que esta enfermedad ilumina lo peor de cada ser humano, pues la importancia de nuestros cuerpos nos vulnera a la vez que nos permite vulnerar a los demás. Le enterramos el cuchillo a alguien cada que sentimos el peligro por detrás.

Quise decirle a la chica que todo estaba bien, que no lo veía antes pero lo veo ahora. Que las diferencias corporales entre nosotras podían separarnos, pero por dentro nos unía la misma fealdad humana, esa egoísta necesidad de ser mejor que la otra.

Al final no dije nada. Creo que solo la hubiese hecho sentir peor. La clase continuó como si nada, aunque la vergüenza nunca abandonó la habitación.



Mujer con camisa negra de manga larga de pie frente al espejo (2021)
Imagen: Milada Vigerovay | Unsplash | Dominio Público.

Penitencia: sobre el silencio del coche en el camino de vuelta a casa

Darleyn Farfán



Kathy Bates and Anne Pitoniak in a scene from the Broadway production of the play "Night, Mother" (1983)
Imagen: Martha Swope | The New York Public Library | Dominio Público.

Los últimos años comencé a cuestionar con tediosa frecuencia la distancia correcta que debe existir entre mamá y yo para poder relacionarnos. Sin lastimarnos, me refiero.

He de admitir que no sé mucho del amor materno. No más que una que otra teoría de algún psicólogo viejo, o tal vez lo entiendo a través del fragmento analítico de una francesa bien educada. Sé de él por los comerciales emotivos, las canciones de los recitales en la primaria, e incluso me atrevería a mencionar las publicaciones en internet, aquellas de blogs maternos poco conocidos pero muy acertados en experiencias. De cualquier manera, estoy casi segura de que nadie es experto en el amor de una madre, ya que es el tipo de cosa que permanece incierta, solo se da y ya.

La cuestión es: yo siempre estoy confundida.

Confundida porque busco respuestas a situaciones que sé que no las tienen. Pero eso no quita que siempre esté dispuesta a fijar un punto de

referencia que me permita entender, aunque sea mínimamente, cosas tan complejas como la relación con mamá.

Hace unos días, por ejemplo, volvíamos de hacer compras y tuve que concentrarme de manera extraordinaria para analizar lo que pasaba en el coche. La radio apagada, detenidas en un semáforo, con el clima encendido, y por el rabillo del ojo alcancé a percibir su rostro alumbrado por la luz roja.

Mamá tenía los labios apretados.

Apretados con mucha fuerza.

Dicen por ahí que una madre conoce a su hijo como si de ella misma se tratase. Cuando el bebé emite un llanto, ella deduce que la criatura está hambrienta, aunque el ruido sea casi exactamente igual que el de otros llantos.

Basta con que el infante demuestre una expresión apenas perceptible por unos cuantos segundos para que la madre note que algo le

perturba. El adolescente (un poco más asertivo) solo necesita soltar una frase con un tono distinto al usual y la madre entiende que algo ha sucedido. Ocurre de forma instintiva, como quien por la mañana estructura cada una de sus facciones en el espejo y se reconoce sin problema.

Yo sostengo la idea de que “aprendizaje adquiere el hijo en tanto acción demuestra la madre” y me he percatado de que esta curiosa habilidad es compartida por ambos en una especie de burbuja extraña. Nueves meses de nutrición por un conducto interconectado dan sus frutos, quiero pensar.

Entonces, yo sé que mamá aprieta los labios cuando trata de contener las lágrimas o que guarda silencio cuando ha tenido un mal día y su última reserva de energía la agota en ir por mí al trabajo. También sé cuando está irritada o enojada. Aunque aún me cuesta identificar si es por mí, o porque tal vez perdió las llaves de su camioneta por la mañana.

El enojo de mamá es una emoción un poco más curiosa que las demás porque la percibo en el cuerpo. Similar a cuando alguien con fiebre advierte sus propios síntomas.

El estómago es lo primero que reacciona: se voltea y consigo huye mi habilidad para respirar correctamente. Seguido viene ese cosquilleo familiar que me recorre la espalda y se asienta en la parte baja de mi columna; las piernas comienzan a pesarme, mi sangre se torna hielo a una velocidad impresionante y, como consecuencia, llegan los escalofríos. El corazón me late en la garganta, en ocasiones tan fuerte que me asusta la idea de que ella pueda escucharlo.

Reconozco al miedo como una respuesta fisiológica, innata y predeterminada. Así lo aprendí en la escuela: mi cuerpo, tratando de protegerse a sí mismo, se advierte y se hace muy pequeño. El mecanismo evolutivo más fuerte de supervivencia, que hace miles de años tal vez le permitió a alguien huir de un depredador, sale a la luz repentinamente cuando estoy con mamá.

Irónicamente, mientras escribo todo esto, hay un pico que me pincha justo a un lado del pecho. Una revelación divina que obtuve un miércoles por la noche en el consultorio de mi doctora me permitió llegar a la conclusión de que se trata de la culpa. Una gigantesca y cargada culpa.

Pienso que la razón principal de sentir culpa es que yo siempre entiendo a mamá.

Irremediablemente nací como una de esas miserables personas (y aquí estoy siendo muy dramática) dotadas de sensibilidad y empatía.

Empatía. La capacidad de percibir, de comprender, de entender. La tengo desde que mi memoria me permite recordar, es la única forma en que aprendí a navegar la vida. Después entendí que, evidentemente, la sentiría en primera instancia hacia quien me engendró. No sé porqué me sorprende tanto aún, pero es un poco agotador explicar cómo he llegado a lamentarme de ser quien soy. La cosa es que, si alguna mujer está leyendo esto, probablemente entenderá mejor a lo que me refiero a continuación.

Existe un sutil, pero sólido vínculo entre una madre y su hija.

Y no hablo del lazo permanente de progenitora hacia descendencia que por naturaleza poseen todos los miembros de una línea genética. No. Hablo del lazo histórico (y a veces cuestiono si hasta biológico) que envuelve a las mujeres y que atribuyo a una larga [agonía] vida compartida.

Tristemente no sé mucho de temas feministas, al menos no lo suficiente como para sustentar este enredo que intento describir, ¡y cuánto me gustaría! Pero quiero aclarar: estas son solo divagaciones de una mujer joven, quien viene de una larga familia de mujeres que también fueron jóvenes y quizá también divagaban.

De todas formas, pienso en la unión que poseemos entre nosotras como algo etéreo. Como si fuéramos un mismo ente fluctuando entre cuerpos y vidas separadas. Que cuando chocamos es más profecía que coincidencia y nos regresa a un origen compartido.

Sin embargo, el vínculo de madre a hija es por alguna razón distinto al resto. Más imponente, más terrorífico. Porque, si todas somos lo mismo, entonces la madre percibe a su hija como una extensión de sí misma, destinada y encargada de acompañarla hasta que ella tenga que partir. De ahí que para algunas sea obsequio y para otras, penitencia.

Mi mamá, como cualquiera de nosotras, sometida a un sistema asfixiante, tiene mucho cansancio en sus huesos. El cansancio del peso que cargamos todas por igual y que aun así nunca deja de pesar.

Mi abuela, por ejemplo, era una mujer increíblemente atractiva en su juventud: delgada, blanca y femenina; algunos de estos atributos le permitieron comprometerse a temprana edad, y que para sus veintitantos años ya estuviese embarazada de mi tía. Los halagos y los pretendientes nunca faltaron. La envidia y las críticas entre vecinas tampoco. Toda su vida fue así. Tal vez esta sea la

razón de que le importe tanto la apariencia física y de que, cuando mi mamá comenzó a recibir comentarios respecto a su robusto, moreno y velludo cuerpo a los diez años, de su boca nunca saliera defensa alguna.

Y es impresionante el impacto que tienen las acciones de mamá. Pues la niña que la abuela no defendió es ahora una madre soltera que esconde en su casa cremas blanqueadoras y tés purgantes. Como era de esperarse, quien crece entre expectativas y críticas formula su primer pensamiento como una queja hacia la imagen que ve en el espejo.

Pero la niña no sabe que su madre, a sus sesenta y tantos años, aún llora al volver de la iglesia porque otra de las catequistas lució mejor que ella el uniforme en su cuerpo jovial. Tampoco sabe de las peticiones desesperadas a Dios, para que su hija vaya a visitarla más seguido. Lo pide esperanzada pues no sabe que la niña (adulta) aún llora por los comentarios al aire que ella suelta en las cenas navideñas y desconoce la rabia que ha surgido en su corazón.

Nunca se acaba.

Esto me hace recordar que cada tanto me pregunto cómo son las conversaciones entre las madres y sus hijos. Quizás hablan de novias o se platican cómo estuvo su día, tal vez planean una salida, se compran cosas o simplemente se ríen de alguna anécdota divertida, no lo sé.

Mamá y yo hablamos de las dietas nuevas que podemos seguir y de los remedios caseros para perder grasa corporal en tres semanas. Usualmente, cuando me recoge, también charlamos de sus situaciones amorosas (aunque yo solo me limito a escuchar, pues ya no puedo identificar de cuál de todos se está quejando). Otros días solamente hablo yo, le explico una reflexión que hice durante mi clase de Historia y lo interesante que fue el tema que leí. Ella no responde, me parece que tal vez ni siquiera le interesa lo que le estoy contando. Eso me duele un poco pero sigo hablando. Es mejor hablar sola que hacerla de terapeuta con sus quién sabe cuántos pretendientes.

Finalmente, si ninguno de estos temas se da, entonces discutimos. Es lo que mejor solemos hacer. A veces me pregunto si realmente le agrado. Me ama, yo lo sé, pero ¿le agrado? Tal vez se intenta convencer de que sí.

Curiosamente, mi mamá y yo somos mejores amigas (y lo digo en el peor sentido posible). Me refiero a que, si ella ocupa un puesto cercano al mío, si rompe la jerarquía establecida con sus roles

y responsabilidades correspondientes, entonces consigo a una persona inestable más, y eso implica haber perdido el único soporte que se supone debe defenderme.

Lo chistoso es que, aun con todo el enojo que me causa escribir las últimas líneas, el pinchazo en el pecho no hace más que aumentar.

¿Por qué?

Porque yo entiendo a mamá.

Y entender a mamá significa que aunque tuve que aprender a valerme sola, yo sé que es porque ella no sabe cómo cuidar de sí misma y no puedo culparla por eso. Entender a mamá implica que, aunque en mis recuerdos predomina el miedo, nunca he sido capaz de reconocerla como el depredador; porque yo sé que ella también creció rodeada de ellos, estuvo asustada y no puedo culparla por eso.

Entender a mamá significa pasar una absurda cantidad de tiempo tratando de descifrar la distancia correcta entre las dos para poder relacionarnos.

Entender a mamá es darse cuenta de que nunca podré juzgarla, porque ella y yo somos lo mismo, yo como una extensión más de su ser. Lo sé por los gritos que he soltado, por las palabras hirientes que han salido de mi boca y por los llantos arrulladores que desbordan críticas y expectativas. Nunca acaba.

Sin embargo, entender no significa perdonar.

Porque si la culpa es fuerte y se me clava en el pecho, la ira es aún más grande; arremete con una fuerza devastadora y amenaza con salir a morder todo aquello que odio (amo) como un perro asustado que lucha por protegerse.

Finalmente, ahora sé que:

Yo entiendo a mamá, pero no la justifico.

Porque si las madres no merecen ser juzgadas, las hijas no merecen ser abandonadas.

[...]

Como sea, da igual, porque el semáforo ya cambió de color.

Enciendo la radio para hacer el silencio del camino de vuelta menos doloroso. Llegamos a la casa y me pregunta si cenaré, yo respondo que no se preocupe, que yo me encargo. Asiente con la cabeza y camina hasta encerrarse en su cuarto. No ceno.

Paso por su puerta y casi puedo escuchar las lágrimas. Trato de ignorarlo y me alisto para dormir. El vínculo penitente se repetirá mañana y yo debo descansar o no podré cargarlo.



German U-Boat U-117 attacked and sunk off the Azores by aircraft from USS Bogue (1943)

Imagen: Autor desconocido | The National Archives | Dominio Público.



Kathy Bates and Anne Pitoniak in a scene from the Broadway production of the play "Night, Mother" (1983)

Imagen: Martha Swope | The New York Public Library | Dominio Público.

Un pequeño diccionario de poesía. Sobre *Bonzo*, de Luis Alberto Arellano

Daniel Sibaja Tuz

[0]

Encontré al *Bonzo* Arellano † (1976-2016) salpicado entre mis libros, un día de marzo, en medio del desorden. Mi habitación se había desbordado entre mis hojas, las piedras que simulaban ser mis personajes y las cajas vacías del tabaco. Lo recogí desvelado, cuando mis pastillas impidieron multiplicar mis emociones antes de la medianoche. Creí (con egoísmo) ser un sacerdote de la palabra, pero fui más bien el responsable de mis acciones retorcidas.

Construí mis anotaciones del libro a través de la simetría. 1) En alguna oscuridad dividida por matices; y 2) en una delgada línea de luz que aún no reconozco. Encontré un reflejo a través del *Bonzo* (2021) en mi librero; era una lista de instrucciones al interior de un cerdo. Aparecería: una suerte de convertirme en místico, el adorno, o la glosa, en el epígrafe resuelto a lo largo de la voz de Linh Dinh.

[1]

Comencemos en la *Caja negra*, donde el desapego del sujeto no se reconoce, sino que se nombra y ese *alguien* es llamado Nadie: "No escriba su nombre completo a sus espaldas / es lectura de Nadie", nos dice Luis Alberto Arellano en el *Efecto nocturno* de la página. Pero ¿qué es la poesía de las cosas? Para él: una simple apostilla del sufrimiento, sí, en el hígado multiforme de un libro, o en todo reflejo e índice, "como un pequeño manual de instrucciones". Ahí estuvo el texto *Celebración* en la producción

masiva de *glosolalias*, esa linda forma de nombrar en el paladar unas cuantas notas sobre cómo leer un nuevo y pequeño diccionario de poesía. Me parece muy certero desde aquí revolver mi lenguaje con el suyo, tratando de encontrar al Maitreya, también muy buscado por otros escritores, tal vez, un Severo Sarduy empolvado entre mis valijas, esperando a ser redescubierto, pero ¡¡por Dios!! ¿quién no ha tratado de ser budista hoy en día?

En ocasiones pienso en la Poesía como una religión. A veces la solicitud a estas lecturas llega en un punto del deseo, hacia la ficción; así lo propone el poema *Tipos duros* y su puntualidad: "Cada evento tiene su lenguaje", y en ese mismo dilema, uno pierde. Leer *Arenas movedizas* y la *palabra ángel* es quizá configurar aquella imagen del feto, como si la vida fuese en realidad un juego de azar, o de presagios. Arellano nos habla desde su *doble* y el cuerpo enfermo de nuestros padres en la blancura; nos refleja, en el rezo de nuestra Madre en voz baja, y nos muestra lo prohibido en todo lo que comemos un viernes, o desde aquella repetición de Cristo sobre nuestras heridas.

Podemos cuestionar acaso: ¿el verso tiene hoy menos importancia? Proliferamos el deporte de movernos como un regalo de endorfinas, incluso necesitamos de esos finos impulsos de dopamina por la mañana, sólo para moralizarnos en el sano juicio de los desayunos. El pequeño *Bonzo* Arellano nos habla en *Combustión espontánea* sobre esa

pluralidad y el tiempo, un lenguaje que abusa del *new age* en un estiramiento de *hatha yoga*. En la digresión y en la carencia, aprendo: el desorden es un orden comedido entre los objetos personales. "Me prohíben usar mi propio nombre", me recuerda, que yo (precisamente) también lo he deseado.

En otro concepto, el poema *Nubes violeta a ras de piso* nos vuelve a dar instrucciones de uso: "qué lengua habla el delator", en el armado de los cuerpos, o en el primer relato heroico de Odiseo. Desde aquel momento, leemos poesía ¿por placer o por redención? Repetiríamos, tal vez, la palabra *miedo* para averiguarlo.

Por último y antes de salir de esta sombra, en *La máquina de matar el tiempo* hay un poema tímido sobre la reencarnación y la ascendencia, o quizá sobre cómo encontrarse nuevamente en algún rincón de la ciudad.

[2]

Temblé por la tarde, a mediodía, un día de abril. Me sentí igual a nada. Por ello. Ahora: encontremos esa luz en un *Tiro de gracia*, entre este rencor, este odio por la bruma: "el cielo devastado que se anuncia azul" es un color tan triste, quizá nos vamos mostrando durante la lectura ese mismo equilibrio encontrado por Buda, "porque de nada sirve pensarlo en voz alta", y ese animal tan primitivo que llevamos dentro sólo recae en el absurdo sentido del ser.

¿Hace cuánto usted no siente esa luz?

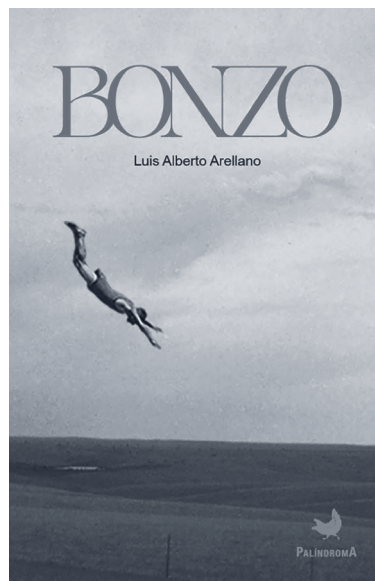
En *Happy Birthday NN*, nos encontramos este paradigma entre lo sólido y el aire a nuestro alrededor, porque la cuenta de los números, entre los meses, los eclipses y la onomástica: "A todos nos pasa una vez al año". Pero volviendo a las instrucciones, en *Malas palabras* nos ponemos frente a ese Yo disperso, el mismo Bonzo Arellano se nombra, y es un zombie. Y en ese mismo juego, entre la (des)personificación o la llama se asoma: "... todo el daño colateral en vasos de plástico rosa".

Una vez más nos involucramos en el orden de las cosas en el poema de *Caja de texto*, pero en esta ocasión lo que acomodamos no es sólo un sitio, sino el cuerpo. Pero, ¿qué es el espíritu en un cuerpo? Su respuesta es: "...el ausente sonido de la respiración". Esto nos lleva al interior de uno, en ese espejo con arañazos, así como en *Blackwater*, donde leemos los matices de los sueños y la glosolalia, lo que resulta en algo más que un cúmulo de anotaciones, pues "soñamos [¿siempre?] en idiomas extranjeros". Al final de la lectura, ¿a quién esperamos? Dentro de la búsqueda de un

vocabulario, ¿qué puede ser visto más allá de una religión personal en un sencillo diccionario de poesía? Terminé de oírlo acabada la noche, con un maravilloso poema en prosa llamado *Dactilograma*, donde la respiración está ausente de cualquier signo en comas o puntos, y nos ponen junto a un gran árbol: "Hay videos que enseñan a meditar en seis idiomas", y el cuerpo se vuelve un estorbo, pues pareciera que el ejercicio de cerrar los ojos es cada vez más lejano a la rueda de las reencarnaciones. Resistir. Olvidarnos de la deficiencia de la vista. Sí. Intentarlo. Quizá sólo eso baste. Respirar.

[*]

Leí el libro de Bonzo (2021) como un pequeño diorama en el bello arte de la edición independiente de Palíndroma en su colección AIBOFobia, coordinado por Tadeus Argüello, seis años después de su reimpresión, puesto que la primera ocasión que se miró publicado fue en Ecuador (en 2018). Luis Alberto Arellano es quizás una de esas pocas voces de la poesía mexicana que se quedarán en el juego ambiguo de autores de culto, por su prolífica partida y una voz enigmática. Lo es. Lo conocí hace unos años, cuando miré Los Inadaptados #17 en Youtube y creí que la poesía mística había cambiado de rumbo. Invito a sentir ese mismo deseo por acercarnos a su obra, ya que, en el dilema de las lecturas inmediatas, recordar unas simples instrucciones para *meditar*, ya sea en un video de 15 segundos o en un poema, quizás el Bonzo Arellano pueda darnos ese equilibrio en un tiro de gracia. Que así siempre sea. Será.



Inicia una videollamada. Esa es la forma en la que Ernesto puede, desde hace dos años, comunicarse con las personas en este lado del Atlántico. El verano en Logroño, capital de La Rioja, es caluroso y vacío. En su alcoba, él escucha mis preguntas como tratando de contener la risa por el *performance* que está presenciando. Nuestra amistad está próxima a cumplir la mayoría de edad, pero hoy toca fingir que somos desconocidos: Ernesto, un artista reconocido; yo, un estudiante con preguntas.

¿Quién es Ernesto?

Ernesto "Neto" Medina nació en Mérida en enero de 1996. Es diseñador gráfico y cuenta con un máster en Ilustración y Cómic. Se dedica, cosa rara en estos tiempos, a lo que estudió: ilustración, cómic y diseño editorial. En el plano de la historieta, su obra habla de las crisis económicas del siglo XX, la cultura *underground*, el indie pop y la irreverencia: "Siendo hijo único de padres que trabajan, la televisión fue mi niñera. Todo lo que aprendí de niño y lo que me ayudó a decir 'esto es interesante' era ver MTV, los conteos de *E!* o *VH1*, las retrospectivas de artistas o películas. Estas son las influencias temáticas que me gustan. Los noventa son la era del cambio de la 'monocultura' hacia las 'culturas específicas' que nos deja el internet".

Ya en el plano de lo ilustrado, Neto menciona las caricaturas de Hanna-Barbera y las historietas que salían en la revista de *Cartoon Network*: "A pesar de que personalmente no estoy muy interesado en el mundo de la animación, esta me ha influido mucho, porque fue lo primero que me enseñó que se podían hacer cosas con dibujos. Y aunque nunca he tenido interés por los cómics de superhéroes, en la revista de *Cartoon Network* siempre había un cómic sobre alguna caricatura que sí me interesaba".

Una mirada de nostalgia

Su cómic más conocido es *Cosas Pasan*, que se publicó de manera casi semanal entre 2016 y 2017 en el diario *La Jornada Maya*. En él se explora la vida de Lucy, una joven universitaria mexicana navegando los años 90. En este mismo universo se encuentra *Diciembre 94* (Soslal / Biental, 2019), una breve novela gráfica sobre la crisis económica de ese año.

En 2021, con el apoyo del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico (PECDA), publica *El huerto del silencio*, donde explora la Mérida de los años 50 y los mitos que se crearon sobre la población china que se instaló en la ciudad a principios del siglo XX. En 2023 recibió la beca de Jóvenes Creadores del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales (antes FONCA) para desarrollar el proyecto *Las flores del mal*, una novela gráfica sobre el mundo de la música *underground* de los años 80 en el D.F.

¿Realmente toda tu obra es una mirada de nostalgia?: "Lo que intento hacer en mi obra es, tal vez, un puente entre el pasado antes de nosotros y nuestro pasado. Enlazar el contexto de donde venimos, ver cómo ese contexto ha influenciado el presente y, al mismo tiempo, decir 'no somos tan diferentes'. Hay cosas que siguen siendo válidas sin importar el tiempo que haya pasado. También permite evitar los tópicos comunes y el tipo de humor gráfico actual que está centrado en la modernidad".

"Vinculado a la nostalgia, me gusta mucho el concepto del *Zeitgeist*, particularmente de México. Esta idea de estar ahí cuando pasan las cosas y el *hype*. De esas cosas tan potentes de las que siempre habla la gente, como el preguntar: '¿dónde estabas cuando escuchaste por primera vez *Gasolina*?' Tener la oportunidad de reafirmar esos momentos culturales mexicanos y pensar en cómo nos han moldeado".

Para Neto, la creación de un cómic muchas veces requiere de un proceso de "fermentar las ideas". Esto, empero, depende de la extensión de la historieta, el tiempo de entrega y si vienen de una idea en particular: "Las tiras semanales no permitían tanto tiempo para pensar. Lo divertido es que te enseñan a ser observador y a trabajar el lenguaje narrativo del humor. En las tiras de

comedia lo importante es el timing, la economía visual de las viñetas y dónde poner la punchline”.

“En cambio, las novelas gráficas y los cómics largos responden a un tema muy específico de mi interés. Hay mucha investigación, que creo es algo que me gusta. Es empaparme completamente de lo que quiero transmitir y buscar referencias de todo tipo: audiovisuales, imágenes, fotos. Y, no sé, dejar que la idea se trabaje un poco en segundo plano”. Con respecto a la ilustración, Ernesto se dedica a ella de manera *freelance*: “Digo, hago ilustraciones para mí, que generalmente son un terreno de experimentación y de ponerme retos similares a lo que me gustaría hacer en un plano real. Pero, a final de cuentas, la ilustración requiere que pienses en el tema y en lo que realmente está buscando el cliente, en el medio de publicación, en los materiales, recursos gráficos y estética que tiene dicho medio”.

“Hacer ilustración me ha permitido variar lo que llamaríamos ‘mi estilo’. La oportunidad de probar cosas nuevas, de no amarrarme a una manera específica”.

Explorar nuevos estilos

A nivel técnico, Ernesto inició su camino en el mundo del papel: “No hay nada más intuitivo que agarrar el lápiz y dibujar. Luego se le van poniendo capas de complejidad que implican refinar el proceso”.

Un elemento muy significativo de su estilo es el uso del blanco y negro, común por la técnica y la practicidad al momento de imprimir sus autoediciones. Sin embargo, Neto reconoce que su obra careció de color mucho tiempo por ser “un poco ignorante de la teoría del color y de cómo colorear de manera armónica”.

A partir de la publicación de *El huerto del silencio*, Neto comienza a utilizar medios digitales de manera más frecuente, debido a la capacidad de las *deadlines* para hacernos prescindir de lo inútil: “Durante mucho tiempo no usé la computadora, salvo para colorear de la manera más burda posible. Esto comenzó a cambiar por el proyecto del PECDA, pues me lancé a trabajar mucho más con iPad. Creo que me permite experimentar más. Tal vez este medio del pincel y de la tinta, y el blanco y negro está muy bien, tengo mis referentes y he mejorado en ella, pero también siento que no se presta demasiado a intentar cosas

radicalmente nuevas; el mundo digital, en cambio, me ha permitido explorar nuevos estilos, nuevos acabados e incluso he aprendido a colorear”.

“La escena del cómic alternativo americano de los 90 fue mi entrada a la manera de hacer cómic como la concibo hoy en día. Los nombres que siempre digo que me marcaron fueron Daniel Clowes, Adrian Tomine, la manera de narrar de Jillian Tamaki que me parece espectacular. También está este autor español, Juanjo Sáez, que es un ejemplo perfecto del poder transmitir más allá de sus dibujos porque dibuja deliberadamente feo pero sus historias tienen feeling y eso es lo que importa”.

Hacer arte

Antes de concluir la llamada, le lanzo a Ernesto una pregunta con trampa: ¿qué es esa cosa que te hace sentir como que estás yendo por el camino correcto? “Lo que hace que a veces valga la pena es simplemente ser capaz de transmitir lo que realmente quieres transmitir. Es saber que quieres decir algo y elegir hacerlo. Yo creo que todos tenemos una especie de mundo interior y es decisión de cada uno hacerlo crecer. Y no sé, creo que lo que tenemos a nuestro favor como creadores es la oportunidad perfecta para hablar de lo que queramos. ¿Te gusta la música indie española? ¿Te interesa el *underground* mexicano de los 80? ¡Haz una historia sobre eso! Nos podemos sorprender por crear cosas inusuales o ‘raras’ pero le estamos dando un espacio a lo que nos gusta”.

“Tal vez eso y la emoción que causa terminar una página. Esos son los momentos que te hacen decir, aún con las dificultades y retos: no puedo concebir mi vida de otra manera”.

Los 45 minutos que te da el Zoom sin pagar terminaron, como si fuera a propósito, después de agradecerle a Neto por su tiempo. Es un ejercicio raro tener que mirar al amigo con el que escuchabas Café Tacvba saliendo de la secundaria con ojos de extraño, pero no deja de ser reconfortante saber que las semillas que viste sembrar ahora dan fruto.



Cosas pasan Imagen: Ernesto Medina | Catálogo personal.



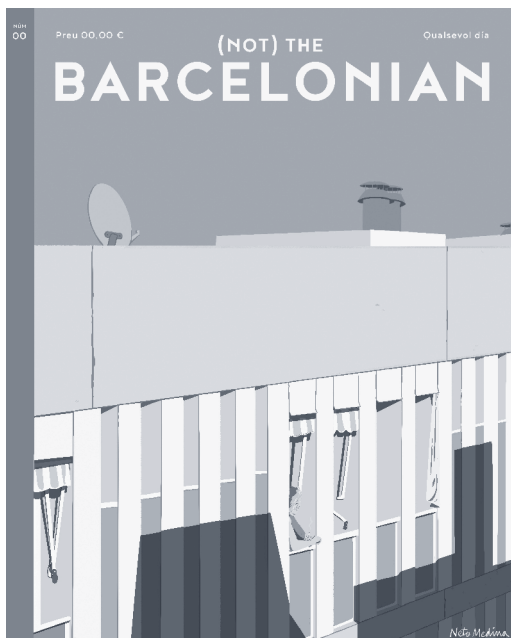
Diciembre 94 Imagen: Ernesto Medina | Catálogo personal.



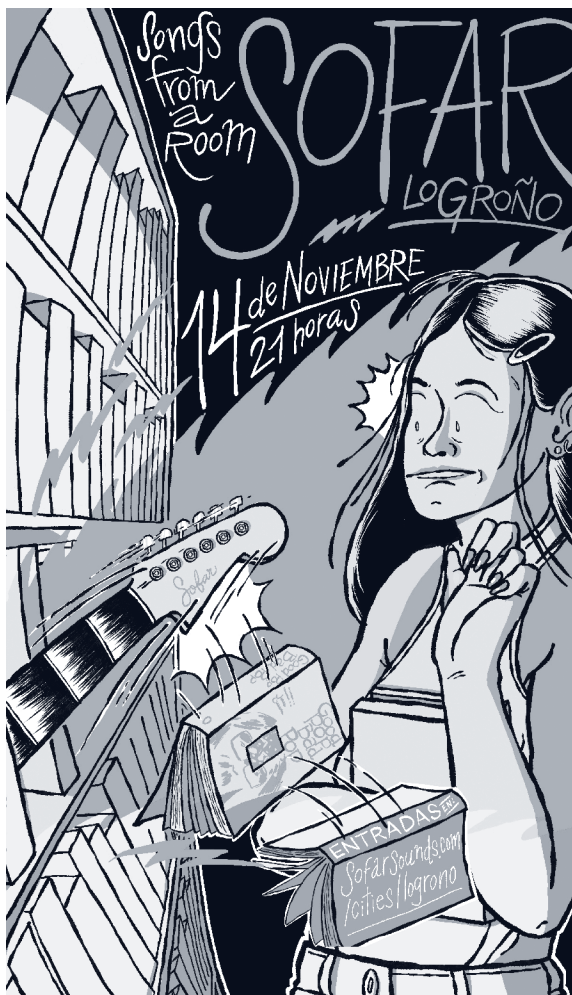
Malas impresiones Imagen: Ernesto Medina | Catálogo personal.



Insta huerto Imagen: Ernesto Medina | Catálogo personal.



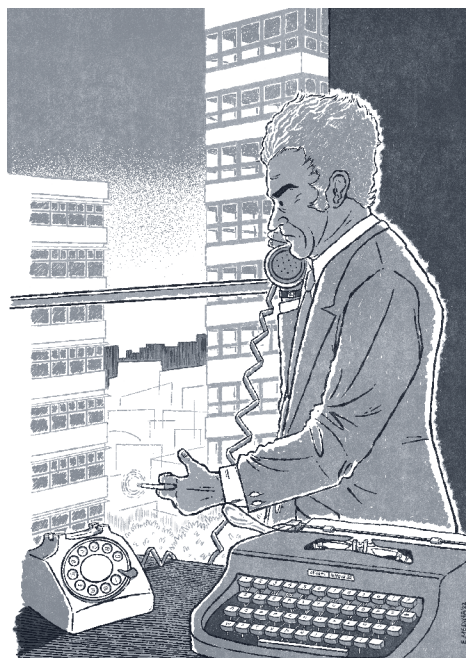
The Barcelonian Imagen: Ernesto Medina | Catálogo personal.



Sofar logroño Imagen: Ernesto Medina | Catálogo personal.



Tienda de discos Imagen: Ernesto Medina | Catálogo personal.



Los periodistas Imagen: Ernesto Medina | Catálogo personal.

El hispanismo árabe

Lamia El Amrani



Kairo, groupe de femmes Arabes (ca. 1890-1910) Imagen: Photoglob Co. | Library of Congress | Dominio Público.

El fenómeno de poetas árabes que escriben en español nos demuestra la riqueza cultural y lingüística que se entrelaza en el mundo árabe. Estos poetas a menudo exploran temas relacionados con la identidad, la migración, y la intersección de culturas. Este mundo en el que se tejen culturas y donde se mezclan identidades, vemos que influye también en escritores europeos; uno de los más destacados es Juan Goytisolo, escritor español que ha explorado temas relacionados con el mundo árabe y la cultura islámica.

Sin embargo, cuando nos preguntamos por qué un escritor árabe escoge el español como una lengua de expresión literaria, nos damos cuenta de que las influencias culturales e históricas intervienen, en gran parte, en la selección de una lengua no materna, para explorar y expresarse a través del universo literario; porque no es lo mismo interesarse por una cultura, estudiarla y analizarla expresando tu visión desde tu lengua, que hacerla desde otro cosmos lingüístico, totalmente distinto al tuyo materno. En este último interviene una serie de complejidades, según nos afirma Amin Maalouf, que van desde una experiencia personal, en la que el autor siente una conexión con el idioma debido a sus experiencias de vida —por ejemplo, haber estudiado o vivido en un país de habla hispana—, así como la búsqueda de nuevas formas de expresión, donde el español ofrece al escritor árabe la oportunidad de explorar y experimentar con diferentes estilos y técnicas.

Asimismo, el uso de otro idioma distinto al nativo puede ayudar al escritor a conseguir una ampliación de su audiencia, y a exponer una visión de su realidad propia y transmitirla al público lector en occidente. Esta amalgama de visión árabe expresada en lengua española hace que la obra de estos escritores hispanistas se considere como algo exótico en vez de una literatura que pueda ser analizada y estudiada como cualquier otra. Esto nos explica que hasta hace pocos años es cuando se empezó a dar mayor visibilidad a los autores que escogen la lengua de Cervantes como medio de expresión literaria, y las editoriales comenzaron a generarles espacios de difusión, más en España que en Hispanoamérica y el propio mundo árabe, donde la literatura denominada Hispanismo del Magreb está poco difundida y, por lo tanto, casi nada conocida.

De estos poetas hispanistas, podemos mencionar a uno de los más destacados actualmente, Abdul Hadi Sadoun, un escritor iraquí cuya obra refleja su experiencia como exiliado y su profundo compromiso con la exploración de la identidad y la cultura árabe. Sus poemas en español abordan temas como la nostalgia, la pérdida y la búsqueda de pertenencia en un mundo globalizado. Desde su exilio en Madrid, procura mantener viva la memoria de la guerra y la denuncia, causas que no dejan de ser visibles en sus versos. Lo que hace que su obra “Todos escriben sobre el amor menos tú” sea profundamente introspectiva, al reflejar su experiencia como

desterrado de su tierra, donde aún conserva en su voz el arraigo a su identidad árabe en un mundo en constante cambio. Sus poemas, a menudo, están impregnados de una melancolía que evidencia el sentimiento de abandono y la separación de su tierra natal Irak; utiliza imágenes evocadoras y una prosa lírica, para transmitir la complejidad de sus emociones y experiencias como una persona exiliada. Sus poemas también pueden ser críticos con el autoritarismo, la opresión y las injusticias sociales, al tiempo que celebran la resistencia, la dignidad y la esperanza. A través de su poesía, invita al lector a reflexionar sobre cuestiones universales de identidad, pertenencia y la naturaleza transitoria de la vida.

Otra de las escritoras que colabora en este número 24 de *Alpiedela letra* es Khedija Gadhoun. La poeta tunecina es considerada como una de las escritoras que han hecho importantes contribuciones en el ámbito de la literatura hispánica desde EE. UU., donde trabajó, durante varios años, como académica de la Universidad de Georgia. Su obra poética se caracteriza por una profunda exploración de las intersecciones culturales y lingüísticas, especialmente entre el mundo árabe y el hispano. La poeta es una de las pocas escritoras magrebíes reconocidas por su habilidad para abordar temas de identidad, migración, y transculturalidad, y colabora con varias revistas literarias de prestigio internacional.

Una parte significativa de su obra se centra en la poesía, donde emplea un estilo que exhibe su rica herencia cultural. Gadhoun escribe, predominantemente, en español, lo que es notable dado su origen tunecino y su contexto árabe. Este aspecto de su obra destaca el uso de la literatura como un puente entre diferentes culturas y tradiciones, lo que nos muestra el mosaico cultural al que fue expuesto su país de origen, Túnez, y que representa con vigor por vía de sus poemas. Además de su reconocida labor como poeta, Gadhoun, ha realizado una significativa contribución en el ámbito de la enseñanza y la investigación académica, particularmente en estudios hispano-árabes y en la enseñanza del español como lengua extranjera.

Después de mencionar dos escritores de origen árabe que se expresan líricamente en español, ahora es turno de uno de los poetas españoles que decidió traducir su obra al árabe: José Sarria, poeta, crítico literario y ensayista nacido en Málaga. Sarria se caracteriza por su profundo conocimiento de la tradición literaria española

y árabe, lo que se refleja en sus trabajos que a menudo exploran temas como la memoria colectiva y el diálogo intercultural.

En su poesía, el escritor malagueño suele utilizar un lenguaje cuidadosamente elegido con un ritmo y una sonoridad que reflejan su profundo respeto por la palabra como medio de expresión artística. Sus poemas invocan con frecuencia elementos de la naturaleza y del paisaje mediterráneo, que sirven como metáforas para explorar las emociones humanas y las grandes preguntas existenciales.

Uno de los aspectos más destacados de su obra es la capacidad de entrelazar la cultura y la literatura árabe con la occidental, creando puentes entre ambas y ofreciendo una visión más rica y matizada del Mediterráneo como espacio de encuentro y fusión cultural. Además, sus ensayos y artículos suelen ahondar en la obra de otros escritores, proporcionando análisis críticos que enriquecen la comprensión de la literatura contemporánea y clásica. Por ello, consideramos que la obra de José Sarria, con su atención a la interculturalidad y su profundo lirismo, construye un valioso puente entre ambas culturas que bordean el Mare Nostrum y así proporciona un gran aporte a la literatura española contemporánea.

Para concluir podemos decir que la poesía de estos tres poetas seleccionados para nuestra revista nos invita a vivir un viaje lírico a través de sus respectivas herencias culturales, explorando temas universales de identidad, exilio y búsqueda de libertad más allá de las fronteras geográficas. José Sarria, desde Málaga, teje con exquisitez las tradiciones españolas con reflexiones contemporáneas, ofreciendo una poesía que dialoga con la historia andalusí y la modernidad. Por su parte, Khedija Gadhoun aporta desde su voz tunecina una perspectiva única que fusiona el rico legado del Magreb con preocupaciones globales, especialmente, en torno a la condición femenina y la interculturalidad. Por último, Abdul Hadi Sadoun, desde su exilio iraquí, transmite con su obra un profundo sentido de pérdida y esperanza, mirando a través del prisma de su propia experiencia de desplazamiento y reconstrucción de identidad. Juntos, estos poetas no solo enriquecen el panorama literario con sus distintas voces, sino que también construyen puentes entre oriente y occidente, demostrando el poder de la poesía para trascender fronteras y unir a las personas en la comprensión y la empatía.

La ciudad

Abdul Hadi Sadoun

Y la ciudad ahora
una línea torcida en mis manos
un callejón de mis desilusiones.

Desde esta puerta salgo a recibir al día
y desde el mismo despido los atardeceres
que se empapan en su fiesta de ámbar.

Ante esta piedra
almaceno mi aliento para otra novillada.

Es un día confuso y desacorde
planifica mis destinos en la cesta de la nada.

Aquí mis pasos
estampan sus eternos laberintos.

El atardecer gris espera
la fruta que cosecha mi mañana.

Aquí mis nubes se merman
sombra de tentativas crudas.

Nos une el miedo querido y no el amor
por eso nos abrazamos todo el rato.



Street and Arab Villagers (1915-1920)

Imagen: Autor desconocido | Library of Congress.

المدينة

والمدينة الآن
خط مائل في يدي
زقاق لتخرصاتي المجحف.
من هذه البوابة أخرج لاستقبال اليوم
ومنها نفسها أودع المساءات .
المعفرة بلون عنبر الحقل
ازاء هذه الصخرة
أخزنُ نَفْسِي لنطاح آخر
اليوم مضطرب ، معوج
لذا أخطط لقدري في سلة العدم
خطواتي ها هنا
تبصم متاهاتها الأبدية
المساء، رمادي، ينتظر.
فاكهة صباحاتي المقطوفة
هنا غيمي يستهلك،
ظلال محاولات نيئة
يجمعنا الخوف عزيزتي، وليس الحب
لهذا نتعانق كل لحظات اللقاء.

Aquello que nos humaniza

Khedija Gadhoun

"Some nomads are
at home everywhere,
Others are at home
nowhere,
and I was one of
those".

Robyn Davidson.

1.
Abajo se ahogan las ansias
tan humanas y tan opacas
tan lejos de la hora que ha tragado el día.
Aún desconocemos el color púrpura del primer amanecer.
2.
¿Serían los muros que nos enseñaran el errante vivir?
En infinitos espejismos las golondrinas llegan y se van
frágiles arrastran la ínfima ilusión de permanecer en vuelo
(sólo nuestra esperanza, el grito de nuestra boca).
3.
En silencio recoges tus partículas
transparentes siguen nadando entre las noticias:
tú discurrendo frívolas promesas, y yo eternas memorias.
4.
¿Adónde fueron a parar aquellos derechos humanos?
Aquí aguardan inmóviles como nubarrones.
Los desamparados no saben cómo abonarlos:
algunos pagan con un abrazo relámpago
otros como los piojos resisten hasta el último peine lapidario.
5.
Ven
a ver las huellas de la niebla
bañándose en hilos de plata
ven a contarme
en dos palabras
las proezas de las olas.



ما يجعلنا إنسانيين

نحن رجال
في المنزل و في كل مكان،
والبعض الآخر في المنزل
ولا في أي مكان،
هل انت واحدا من
هؤلاء .

روبين ديفيدسون

1

في الأسفل تغرق الأشواق،
الانسانية ، ومبهم جدا شديدة
بعيدة عن الساعة التي التهمها النهار
مازلنا نجهل اللون الأرجواني للفجر الأول.

2

هل ستكون الجدران هي من تعلمنا الحياة التائهة ؟
في السراب السرمدي طيور السنونو تأتي و ترحل
هشة ، تجر أضعف وهم بالبقاء محلقة
فقط أملنا هو صرخة من فمنا.

3

في الصمت تلملم جزئياتك
الشفافة ، مواصلة السباحة بين الأنباء
أنت تقدم وعودا تافهة، و أنا أصنع ذكريات أبدية .

4

ما هو مصير حقوق الانسان تلك ؟
هنا ينتظرون بلا حراك كالسحب العاصفة
المشردون لا يعرفون كيف يكفلونها،
البعض يسدد ثمنها بعناق البرق ،
و البعض الآخر مثل القمل يقاوم الى اخر مشط جواهري.

5

تعال
لرؤية اثار الضباب
مستحمة في خيوط الفضة ،
تعال وأخبرني
في كلمتين
براعة الأمواج.



A Woman in an Iraqi Abaya along a Street of Al-Zubayr (1915-1920)
Imagen: Autor desconocido | Library of Congress | Dominio Público.

Tiempo de espera

José Sarria



Iraq. River scenes on the Euphrates taken at Hill (1932)

Imagen: Autor desconocido | Library of Congress | Dominio Público.

"¿Te he dicho alguna vez mi nombre?"

Antonio Ramírez Almanza.

"Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara".

Jorge Luis Borges

¿Te he dicho alguna vez mi nombre?

Conoces la osadía de mis ojos o el tamaño de estas manos que, alguna vez, acariciaron la vida. Es posible que algún atardecer soñaras junto a mi cuerpo o que hayas escuchado mi voz, cercando el temblor de antiguos horizontes, como el crepúsculo de abandonadas estaciones. Sabes que yo también fui de los que entregó sus baluartes a la liturgia de unos labios rojos.

Pero, ¿te he dicho alguna vez mi nombre?

Mi nombre es aquella vieja aventura por conquistar los silencios, cuando aspiraba a comprender a los hombres; el asombro de las horas, la ceniza del tiempo, más allá del reloj y sus agujas.

Mi nombre es la voz del sauzal y las acacias, siempre inclinados hacia la adversidad y al sosiego. El canto azul del petirrojo.

Mi nombre es un rayo deslumbrante que se oculta en la grieta de sonoras palabras: el dorado simulacro que conduce, tras cada puerta, a los espejos.

Mi nombre se demora en terrazas de ingravidas flores o en las altas almenas de la noche, lugares donde todo encuentra su reposo.

¿Te he dicho alguna vez mi nombre? Tiempo de espera: ese es mi nombre.

زمن الانتظار

هل سبق أن أخبرتك عن اسمي ؟

أنطونيو راميريز ألانزا

شخص يحدد لنفسه مهمة رسم العالم. يُقيم خلال سنوات في فضاء مليء بصور
أقاليم، ممالك، جبال، خلجان، بواخر، جزر، أسماك، غرف، أدوات، نجوم،
أحصنة، وبأشخاص. لكن قُبيل موته، يكتشف أن متاهة السطور الحاملة تلك
قد رسمت صورة لحياة.
خورخي لويس بورخيس

هل سبق أن أخبرتك عن اسمي ؟

تعرفين جرأة عيني أو حجم هاتين اليدين، اللتين داعبتا يوماً هذه الحياة.
ربما حملت بجانب جسدي عند غروب ما،
أو سمعت صوتي يطوي مسافة الآفاق القديمة مثل شفق المحطات المهجورة.
أ تدرين أنني كنت أيضاً مِمَّن سلم حصنه لطقوس الشفاه الحمراء.

لكن، هل سبق أن أخبرتك عن اسمي ؟

اسمي هو تلك المغامرة القديمة لغزوها الصمت عندما كانت تتطلع لفهم الرجال،
اسمي دهشة اللحظات ورماد الزمن

اسمي أعرق من الساعة وعقاربها.

اسمي هو صوت أشجار الصفصاف والأكاسيا، تميل عادة إلى الشدائد والسكينة.
السَّماوية تغريدة أبو الحناء¹

اسمي هو شعاع ساطع تُدِيرُه الكلمات الرنانة: اسمي محاكاة ذهبية تقود، بعد كل
باب، إلى المرايا

اسمي يتَّقِيُّ في شرفات الزهور الناعمة، أو في حصون الليل العالية، أماكن تمنح
الراحة لكل الأشياء

هل سبق أن أخبرتك عن اسمي ؟ زمن الانتظار هو اسمي.

Flores en el Armario

Frida Acevedo



Toquerville is a town with: No bank, No movie house, No garage, No motel, No café (1953)
Imagen: Dorothea Lang | The New York Public Library | Dominio Público.

Mamá y yo nos mudamos por temas económicos algún tiempo atrás. Llegamos a una ciudad linda, a una casa acogedora. Lo primero fue hacer del hogar un sitio más nuestro. Traté de plantar algunas semillas que había traído, pero poco tiempo después tuve que aceptar que nunca germinarían y di por sentado que la tierra no era fértil, así que dejé de intentarlo.

Empecé a trabajar en la tienda de una amiga de mi madre. Era un trabajo sencillo y nada agotador. Un día, mientras estaba en la parte trasera del local, escuché que alguien entró. Cuando me acerqué, noté que era una chica muy bonita y no podía dejar de mirarla. Volteó, sentí una conexión y tuve la esperanza de que ella sintiera lo mismo pero, contrario a lo esperado, me trató normal, si acaso un poco seria. Terminó sus compras, pagó y se fue.

Al día siguiente, todo parecía normal y creí que no pasaría nada interesante. Nunca había estado más lejos de la verdad, pues cuando la chica regresó a la tienda y se acercó a pagar, tuve



Bedroom in this house rented from Indian (1941)
Imagen: Russell Lee | Library of congress | Dominio Público.

tanta curiosidad que la miré a los ojos y le pregunté cómo se llamaba. Me contestó que su nombre era Lucía y me devolvió la pregunta. Me sonrió, tomó su compra y se fue como el día anterior.

Su sonrisa me enchinaba la piel cada vez que la recordaba. Era algo raro, estaba sumamente confundida. ¿Qué estaba sintiendo? Jamás había tenido esa horrible sensación en el estómago por tanto tiempo.

Con tantas cosas en casa por desempacar, me di cuenta de que había un espacio vacío en mi armario. Saqué algunas prendas, las puse en ganchos de ropa y procedí a guardarlas. Al abrir las puertas del clóset, noté algo extraño: de ahí emanaba un hermoso olor a flores. Por alguna razón, decidí mirar el techo, arriba de las repisas, y para mi sorpresa descubrí campanillas de invierno, unas de mis flores favoritas. Era imposible que mi jardín no fuera fértil, pero mi armario sí.

Corrí hacia la otra recámara y grité a todo pulmón: "¡Mamá, brotan flores en mi armario!".

Ella me miró extrañada, así que tomé su brazo y prácticamente la arrastré hacia mi habitación. Al llegar, abrí la puerta y las flores seguían ahí, pero mi mamá no podía verlas. Insistí e insistí en que ahí estaban. ¿Cómo no podía percibir aquel olor, aquella textura, aquellos pétalos blancos? Fue tan desesperante que llegué a pensar que me había vuelto loca. Mi mamá se retiró un poco frustrada y yo me dirigí a la cama a tomar una buena siesta, pues creí que mi mente estaba tan cansada que comenzaba a alucinar.

Esa noche soñé con Lucía, soñé que íbamos a un campo de flores blancas; por supuesto, eran campanillas de invierno. En el sueño, nos mirábamos y yo sentía una completa paz.

A la mañana siguiente, mi mamá me despertó para el desayuno e inmediatamente abrí el armario. Las campanillas de invierno seguían ahí, pero también había flores de mayo y margaritas. Nuevamente llamé a mi mamá, pero ella seguía sin verlas. ¿Realmente estaba quedando loca?

De nuevo, Lucía apareció en mi trabajo y le pedí que intercambiáramos números celulares. Ella me miró algo extrañada, me dio su contacto y se fue. Comenzamos a hablar y, conforme platicábamos, su desinterés se fue desvaneciendo. Cada vez eran más largas las conversaciones, hasta que llegó el momento en que iba muy seguido a

la tienda y charlábamos por horas. Así pasaron los meses y nos hicimos muy cercanas. Pasábamos mucho tiempo una en casa de la otra. Teníamos varias cosas en común: el amor hacia la naturaleza, películas de horror, libros favoritos, etcétera. Con el paso del tiempo, empezó un ligero coqueteo entre las dos y poco a poco el trato empezó a cambiar.

Un viernes, me invitó a su casa. Cuando llegué, vi que había preparado mi comida favorita. La noche se fue haciendo más íntima y empezamos a acercarnos más y más, hasta que en algún momento se aproximó, mirando mis labios con deseo. Me besó: el primer y más romántico beso que pudiera imaginar. Pero mientras nos besábamos entró su madre a la habitación y, de un momento a otro, levantó a Lucía de un tirón. Gritó que me fuera y, asustada, huí.

Al día siguiente se presentaron en mi casa: su mamá habló con la mía y le dijo que no volviera a buscar a su hija jamás.

Me deprimí mucho tiempo y Lucía dejó de ir a la tienda. Luego descubrimos que se mudó de ciudad. Estuve en cama por semanas. Un día, mamá se sentó al borde del colchón y me dijo que, si estaba enamorada de Lucía, me aceptaría a pesar de todo. Dijo también que tal vez había sido mi primer amor, pero que definitivamente no sería el último.

Tiempo después, cuando mamá quiso sacar unas cosas de mis repisas, percibió un suave aroma a flores frescas. Me llamó de un grito y me acerqué. Me abrazó y, desde ese día, las campanillas de invierno, las flores de mayo y las margaritas comenzaron a desaparecer de mi armario y a salir en mi jardín.

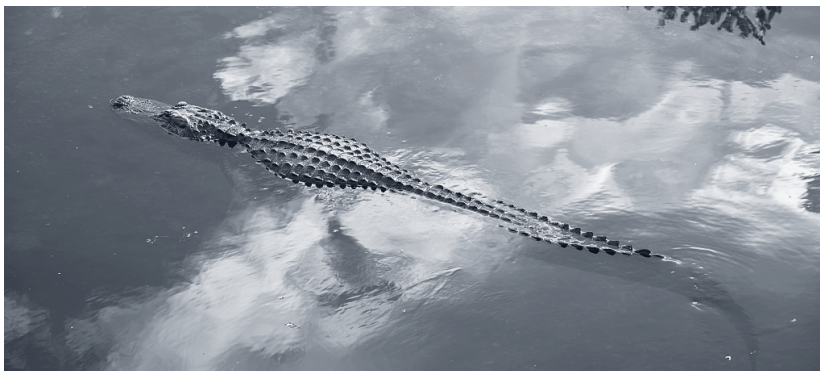


Ethel Barrymore, 1879-1959, head and shoulders, facing slightly left; behind bouquet of flowers (c. 1901)

Imagen: Autor desconocido | Library of congress | Dominio público.

Cadena

Diana Soberanis Mena



Those who stop at the Oasis Visitor Center along the Tamiami Trail through the Everglades (2020)

Imagen: Carol Highsmith | Library of congress | Dominio Público.

Desde la distancia, los observaba con sus fauces abiertas, sombrías y húmedas, imaginando el dolor que solo sus mandíbulas podían infligir. Eran imponentes, capaces de intimidar a cualquiera. Siempre los respeté, consciente de su abrumador poder. Aun así, había algo en la belleza de esos cocodrilos que me atraía, pese a saber el sufrimiento que causaban. Mientras los contemplaba, sentí una profunda frustración; mi petición de reparar mis brazos había sido rechazada, pues, en apariencia, seguían siendo útiles y su defecto no califica para ayuda médica

Y es que los casos seleccionados en la universidad, para la aplicación de prótesis de los brazos más sofisticados hasta ahora creados en América Latina, venían de situaciones que muchos pudimos leer o escuchar en noticieros. Es más, el caso de un joven, en esta misma ciudad, ocurrió más o menos para la fecha en que se me empezaron a atrofiar los míos. Él tendría unos 20 años y estaba trabajando en la construcción de una plaza comercial gringa cuando, a falta de arnés, se cayó de un segundo piso y quedó colgando en la mezcladora de cemento. ¡Sepa dios cómo no se murió! Tal vez porque metió sus brazos a tiempo.

Yo en cambio vivía un poco tranquila con mamá, mientras mi padre se largaba de manera intermitente a los Estados Unidos. El atrofia comenzó con él: solía abofetearla cuando ella me abrazaba tras los regaños que él me daba... nomás por su mero mal humor, disque porque era una forma de quitarle autoridad al hombre de la casa. Nunca quiso recibir las pocas muestras de afecto que me propuse darle; en

cambio, se reía cuando me pedía que le pasara sus cervezas o su Coca-cola del refrigerador.

Poco a poco mis brazos se fueron convirtiendo, ante su presencia cruel, en la cadena oxidada que impide andar a una bicicleta; y fallecieron definitivamente una mañana de extremo calor, en junio. Poco antes se había mudado al lado de mi casa una mujer joven con sus dos hijos: una bebé de dos años y un niño de ocho, Ernesto. Papá había cruzado la frontera por segunda vez meses atrás. Ese jueves Ernesto preguntó si podíamos regalarles unos aguacates de nuestro árbol. Mi mamá no lo dudó ni un segundo y recolectó los mejores ejemplares de la fruta, empacándolos junto con unas tortillas y frijol. El pobre chamaco andaba en los huesos. Mi mamá siempre pregonaba: "podrán decir lo que quieran de tu padre, pero el cabrón nos alimenta bien".

Al anochecer mi mamá los invitó a cenar café con pan. Rápidamente Ernesto y yo nos hicimos amigos, quizá gracias a nuestro amor por las naranjas, el chocolate, las carreras y las polillas. A escondidas de nuestras madres, trepábamos a los árboles de mi patio por fruta; coleccionábamos libélulas y demás insectos que encontrábamos; leíamos juntos la sección de historietas en el periódico.

Yo no tenía hermanos, por lo que Ernesto fue para mí lo más parecido a uno. Sin embargo, las cosas buenas nunca me duran. ¡Maldita sea la hora en que mi papá se asomó otra vez por la puerta! Ni siquiera lo oí llegar de madrugada, pero tempranito escuché sus ronquidos.

Ernesto apareció después para acompañarme a comprar a la central de abastos. Más o menos a las 11, mamá nos llamó para tomar *Chocomilk* y nos quedamos jugando a las escondidas en los alrededores de la casa. En la última ronda, fue tanto nuestro cansancio que declaramos un empate; tal acuerdo pacífico se selló con un fuerte abrazo, interrumpido por un escándalo áspero y una fuerza animal que me jaló de los pelos y tiró a Ernesto al suelo, con una brutalidad que terminó raspándole los codos.

—¡Qué chingados haces agasajándote con este pendejito! Pinche chamaca, tan chiquita y ya de puta —gritó mi papá al separarme con violencia de Ernesto. Enseguida se volteó a reclamarle a mamá, señalando al pobre niño en el piso, que por qué andaba permitiendo esas obscenidades en su casa, y que por qué cuidaba a un chamaco ajeno. Ni siquiera dejó que ayudáramos al pequeño a que se levantara. Mamá le pidió a Ernesto, con la voz entrecortada, que se fuera a su casa y no regresara otra vez; él se puso de pie y corrió tan rápido que apenas y se notó por el azotón de la puerta. Cuando comencé a lagrimear, papá se enfureció aún más y gritó con notables intenciones de que lo escucharan los vecinos: “No seas débil. Ahorita sí te voy a dar razones para chillar”.

Me agarró de la muñeca y me jaló hasta su cuarto, donde encontró un cinturón de cuero. Me llevó al baño, lo mojó con abundante agua y regresamos a la sala con mamá. Dio varios azotes con el cinturón empapado alrededor de mi cuerpo. Jamás había sentido un dolor como aquél. Al comienzo, a los primeros dos o tres golpes, solté unos quejidos que no sabía que podía emitir, mientras mamá le suplicaba que me dejara, pero él respondió con un par de flagelazos para ella también. Cuando retomó mi paliza, el ardor fue tan intenso que enmudecí.

—Para que aprendas a comportarte como una niña de casa. Y ni se les ocurra andarse abrazando porque les doy otra vez —Desde luego que ni Ernesto ni yo, menos nuestras mamás, volvimos a dirigirnos la palabra a partir de ese momento; ni siquiera cuando papá se regresó a Estados Unidos. Después de los azotes, mis brazos no volvieron a ser los mismos. Las pocas veces que intenté darle un abrazo a mamá, las articulaciones se me endurecían, incluso llegué a escuchar que crujían, como si en el esfuerzo por doblar mis extremidades un metal carcomido se deshiciera en mi interior. El dolor era muy similar, casi idéntico, a aquellos golpes con cinturón de cuero mojado. Abrazar se

volvió un acto de tortura que pocas veces me atrevía a sentir; ni siquiera cuando me casé... De cualquier forma, mi ahora ex esposo, antes de abandonarme con nuestro hijo pequeño, tampoco era de abrazar, a menos de que llegara con sus instintos carnales alborotados: ocasiones que me tocaba aguantar, fingiendo que el abrazo y sus consecuencias me eran placenteros.

Hace mucho tiempo que no abrazo de verdad, sin este dolor inmovilizante, corrosivo. He vivido estancada. Al pobre de mi niño apenas lo toco y comienzo a temer que sus brazos se vuelvan tan inútiles como los míos. Por eso estoy dispuesta a todo para conseguir la suplantación de estos pedazos caducos de mi cuerpo. Mañana muy temprano llevaré a cabo el plan. No habrá forma en que la solicitud sea rechazada y obtendré, después de tanto, esos brazos cien por ciento funcionales, tal como lo han prometido los científicos... y el abrazo, entonces, será un lujo en mi vida.

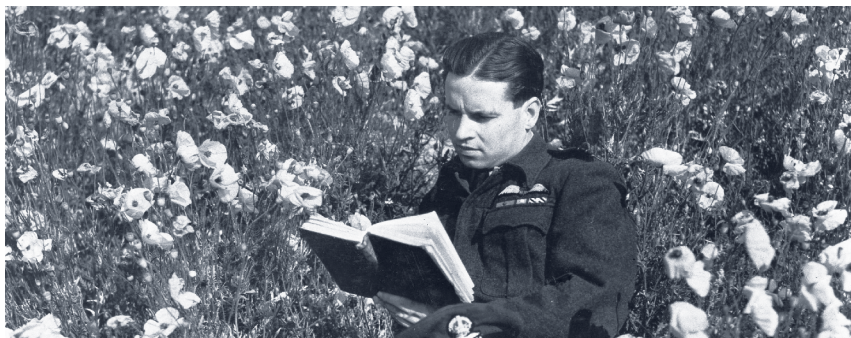
No habrá complicaciones y pasará por accidente: iré al pantano donde los cocodrilos madrugan. Ya antes me han mirado sin malicia, y yo a ellos con cierta envidia por su libertad atemorizante. Se han registrado ataques años atrás, pero no se hace nada contra ellos porque los que invadimos su hábitat somos los del pueblo, y están dentro de un área protegida.

Bastará con acercarme unos centímetros por donde dejan sus huevos, tomar con ambas manos uno de los embriones gordos que reposan junto al agua espesa, al ritmo del croar de los sapos viscosos. La madre cocodrilo me verá sacudir a sus crías resguardadas, enfurecerá y correrá apresurada hasta mí. Yo, ante su cólera, extenderé los brazos e intentaré colocar el huevo en su nido. Será tarde. La reptil abrirá sus fauces de abismo putrefacto y clavará sus colmillos hasta oír el tronar intenso de mis huesos y mi grito triunfal de dolor. Lo habré logrado.

En las noticias, en el periódico, en el chisme coloquial, en este y otros poblados contiguos, se oirá el caso de la pobre madre soltera que tropezó con el nido de unos cocodrilos y cuyos brazos fueron destazados con ira. La lástima multitudinaria triunfará, valdrá la pena este riesgo necesario. Después, cuando mi solicitud sea aceptada, ya no habrá más dolor: ni del cuero mojado, ni del desamor del padre, ni de los colmillos turbulentos... ni del abrazo incapaz.

Qué pensaba Hitler de Acapulco

Yobain Vázquez Bailón



Wing Commander Guy Gibson (1943) Imagen: Autor desconocido | The National Archives UK | Dominio público.

No supe bien qué responder. Nunca imaginé que el niño pelón al que todos llaman Galgo pudiera hacer una pregunta así. Sobre todo sin el preámbulo que hacen los demás: ¿puedo hacerle una pregunta, profesora? Galgo llegó a la hora de recreo y se me paró enfrente. ¿Qué sabía él sobre Hitler? Todavía no estaba en edad para estudiar sobre las guerras mundiales. Algún hermano mayor lo puso al tanto, supuse, o una inquietud innata por esos temas. Pero no era su curiosidad lo que me impresionaba, sino el hecho mismo de que a Galgo le inquietara algo, cuando jamás había dado señales de preocuparse por nada. Era un estudiante mediocre y quizás eso fue lo que me desanimó: no estar a la altura de una interrogación venida de un chico cuyos exámenes calificaba con seis o seis punto cinco constantemente. Le contesté lo primero que se me vino a la mente:

—Quizá pensaba que era un lugar bonito para ir de vacaciones si todo salía bien.

Era ridículo imaginar a Hitler en bañador, disfrutando el sol de Acapulco. No pude ser seria y darle una respuesta mejor. Yo qué podría saber de los pensamientos del *Führer* sobre una playa de México, ¿a quién le importaba eso además de Galgo? Sabía que México estaba en el pensamiento de Hitler para unirlo a las potencias del Eje, debido a su cercanía con los Estados Unidos. Eso era más interesante que pensar en vacaciones playeras. Galgo alzó los hombros y se fue. Era bueno para él saber que Hitler, por muy monstruoso, también era un ser humano que deseaba visitar países para broncearse y no solo para invadirlos. Me creyó porque soy su maestra y todo lo que diga será una verdad para él.

Observé a Galgo en lo que restó del recreo. Me daba pena verlo tan calvo, era la única solución que le dieron para su problema de piojos, y comía un sándwich sin la compañía de nadie. ¿Era posible que se le ocurriera esa pregunta al estar aislado? Cuando volvieron los chicos a clase, Galgo estaba cabeceando de sopor, ensoñando tal vez a Hitler en Acapulco.

Yo sé que aquello pudo ser apenas un momento de lucidez de Galgo y no supe aprovecharlo. ¿Me estaba volviendo vieja y simplona? En otro tiempo no hubiera dejado escapar esa oportunidad para motivar al alumno. Esas cosas ya no me pasan y creo que por esa razón no podía conciliar el sueño, todo se me abalanzaba en la cabeza con ideas del III Reich y los Aliados.

Lo mismo daba que Hitler escupiera todas sus ideologías perversas en *Mi Lucha*, si eso no alcanzaba para que nos enteremos de cuál era su marca favorita de calzoncillos o lo que pensaba del mar acapulqueño. Muy en el fondo sé que no pensaba en construir castillos de arena o recoger conchitas, y eso es difícil de superar porque, ¿qué le contesta una a los chicos como Galgo? ¿Cómo decirle que su pregunta es idiota?

En la noche le confesé a mi esposa:

—Hay veces que mis alumnos me desesperan.

Nunca hemos discutido problemas escolares y pensé que aquella confesión la sorprendería, pero no. Se sentó en la cama y me sonrió como diciendo: sí, los estudiantes están para eso, para que te desesperen.

Pude haber dicho: mis estudiantes son unos pendejos. Tendría más sentido. ¿De dónde sacaba yo eso de que me desesperaban? Galgo

no era precisamente alguien que me desesperara. Mi esposa se metió en las sábanas y empezó a leer un libro. Estuve a punto de darle las buenas noches y ponerme a dormir, pero me detuvo.

—Aquí dice: somos fieles a las circunstancias, no a nosotros mismos.

—¿Qué?

Me había devuelto una frase tonta con una más tonta. Ella sabe hacer ese tipo de bromas, pero no entendía que esto era serio. Cuando vio que no me reí, cerró el libro con mucha calma. Seguramente hay veces en que yo también desespero a mi esposa y ella siempre me lo ha querido decir y no se atreve.

—Tus alumnos son unos niños. Es entendible que te desesperen.

—Qué bueno que nunca quisimos tener hijos.

Me dio un beso en la frente y nos acurrucamos de cucharita. Algunas noches nos ponemos así, cuando a una de las dos nos da insomnio. Platicamos sobre series de televisión o de chismes del vecindario, nunca acerca de estos temas.

—¿Soy una mala maestra?

—Claro que no, ¿es por el chico que te preguntó por Hitler?

Se lo había platicado en la cena como una anécdota chistosa. Ahora sé que ella sospechó desde entonces lo mucho que me había preocupado.

—Me siento una fracasada. Pude haberle dicho sobre un desembarco en Acapulco.

—Se sorprenderían los nazis viendo a los costeros mover la panza por cinco pesos.

—Esto es serio, amor.

—No te apures, ese niño nunca volverá a preguntar algo como eso.

Era una sentencia horrible y precisa. Galgo nunca volverá a preguntar nada interesante. Le di un beso en la nuca y le dije:

—Creo que tienes razón con lo que dijiste antes.

—¿Qué cosa?

—Eso de ser fieles a las circunstancias, no a nosotros mismos.

Pensé que Galgo querría seguir con el tema al día siguiente, pero estuvo como si nada. Por más que lo incentivaba a hablar y hacerle saber que escuchaba, nada, se ponía a mirar el patio por la ventana o hacía dibujitos en su cuaderno. No valía la pena concentrarse en él. Hay chicos que son así, incapaces de dar una señal de que hay algo en su cabeza. Galgo era de los que se pierden apenas se gradúan, de los que reconoces mucho tiempo después en alguna caja de

supermercado y haces como que no te das cuenta. Pero lo sabes, “ese fue mi alumno”. Y una cree que no sirve de nada la educación, que no sirve una para ellos. Galgo ni siquiera me importaba tanto como para llamarlo por su nombre.

Pasaron los días y perdí interés. Volví a pensar en Hitler solo una vez, al mirar un documental sobre campos de concentración. Suerte que no estaba conmigo mi esposa, porque me hubiera sentido muy abochornada. En el documental se mencionaba, muy de pasadita, que había una sección en Auschwitz llamada México. Le pusieron así por la ausencia de condiciones higiénicas y porque muchos morían solo de estar allí. Los nazis pensaban que así era México: un lugar insalubre. Pero no mencionaban sus playas, a lo mejor pensarían que eran como cloacas. ¿Sabrían de Acapulco? Me puse roja mientras continuaba viendo imágenes de los prisioneros: todos pelones como Galgo y con la misma mirada perdida, inconexa con la realidad. A Galgo solo le faltaba un uniforme de rayas para mimetizarse con ellos.

Apagué la televisión y eso bastó para que se me olvidara el asunto. Ni siquiera cuando lo vi al día siguiente hice la relación de su presencia con el documental. ¿Por qué? Era como si yo quisiera eliminarlo. Así de grave. Ni siquiera lo noté el primer día que faltó. De hecho, creo que nadie; su banco estaba vacío y no se le echó de menos. Le puse asistencia por costumbre y eso es lo más espantoso que he hecho como profesora.

Hasta que alguien dijo “no vino”, nos dimos cuenta de que, en efecto, no estaba. Ya tenía varios días sin asistir a la escuela. Pregunté si faltó por enfermedad, pero no supieron decir. Galgo no tenía amigos. No era desagradable ni sucio, solo era callado. Tampoco lo odiaban ni se metían con él. Fui estúpida: les pregunté a mis alumnos si lo escucharon hablar de Hitler y las playas de México. Todos se quedaron en silencio. ¿Qué tenía que ver eso con Galgo?

Exacto, qué tenía que ver.

En la noche me acurrugué con mi esposa, pero no hablamos de nada. Pensé en Galgo, ¿se había perdido o lo pusieron a trabajar porque no tenía madera de estudiante? Una falta más y tendría que darlo de baja.

De inmediato comencé a dormir y soñé que por fin me liberaba de estos chicos con preguntas raras. Luego comencé a ver la arena de una playa y el sonido de las gaviotas. Estaba en Acapulco. Era un lugar bonito para ir de vacaciones si acaso el curso salía bien.

5:00 de la tarde

Diego Gutiérrez González



Railroad workers eating lunch, Windsor Locks, Conn (1957) Imagen: Autor desconocido | Library of congress.

Está ahí de nuevo. Lo miro por la nuca. A mí, personalmente, nunca me ha gustado que me miren por la nuca, que me observen o me embistan desde atrás. Siempre me ha parecido que está implícita cierta tristeza en la contemplación de un cuello humano desnudo. Algo que lo transfigura y reduce a una dimensión infrahumana, que lo vuelve como carne expuesta desde los ganchos en los escaparates de las carnicerías.

En este momento me siento un poco hipócrita al hacerle lo que no me gustaría que me hagan. Pienso que de existir un dios puede que esa sea la imagen o a lo menos el ángulo desde el que, omnisciente, nos observa a todos. En ese estar vulnerable, en ese estado de inconsciencia no consentida que despierta una ternura o una compasión como la que solo evoca el ganado en el establo o la fauna de un zoológico.

Ayer lo vi de frente. Eran alrededor de las 5:00 de la tarde. Almorzaba. Hoy lo veo desde atrás. Llegué un poco antes al mismo sitio. Quiero decir, habrán faltado algo así como una fracción de minutos para las 5:00 de la tarde. Tampoco es que sea una diferencia abismal, no obstante, su mención es de un orden imperativo para comprender lo que se me ha revelado; la primera vez que mis ojos lo encontraron no significó más de lo que cualquier cuerpo transitorio hubiera significado.

Atrapado de improviso, casi de soslayo, de no ser porque también estaba sentado. Carente

de sustancia, densidad o aun trascendencia. Nada más que una sombra o un peón del azar. Al cabo, no le atribuí gran importancia en aquel momento. No había motivo para fijar mi mirada en él. Ahora, sin embargo, aunque siempre involuntariamente, en virtud de la contingencia y el azar (al menos eso creo), se me ha vuelto a aparecer esta sombra que ya no es tanto una sombra.

Comienza a volverse más denso, a ser dotado, como el Gólem, de un alma que antes no parecía estar ahí. Que me era imperceptible e inaccesible. Si no hubiera sido porque decidí esperar al inicio de mi clase en el mismo sitio que ayer, quizá nunca hubiera rescatado su presencia de ese olvido al que ya estaba comenzando a acostumbrarse. Y quizá tampoco hubiera llegado a profundizar, sin que él lo supiera, en lo que para él podría significar vivir.

Por lo que puedo verificar empíricamente, es un joven, quizá de unos veintitantos años. Se haría pasar por un alumno más de no ser por ese uniforme azul que inmediatamente lo segrega. También puedo decir, gracias a ese detalle, que forma parte del personal de intendencia. Está sentado en la misma mesa en la que lo he encontrado la víspera. Ha salido de una esquina y se ha vuelto a posar en la misma silla, no sin antes devolver el resto a su lugar.

Después, come. Es entonces cuando lo entiendo. Las 5:00 de la tarde. ¡Todos los días a las 5:00 de la tarde! Es esta su rutina, es este

el punto en el que ha rodado su piedra hasta la cima antes de que esta se vuelva cuesta abajo y tenga que volver a comenzar. Rodarla nuevamente desde abajo hacia arriba, verla caer y volver a empezar indefinidamente. Lo comprendo: Está atado. Como atrapado en un bucle que no cesa.

Me parece que podría volver mañana al mismo sitio, cambiar de ángulo a mi antojo, y lo encontraría en la misma mesa, en la misma silla. Sentado. Almorzando. Que no importa qué haga, mientras esté a tiempo para mirar que el reloj ha dado las 5:00, podré dar con él. Es casi como si fuera el pensamiento o el recuerdo de alguien más. Como si alguien se obstinara en recordarlo exactamente de esa manera, exactamente en ese lugar.

Sé que con el tiempo, al igual que un recuerdo, a pesar de la uniformidad en su obrar, también terminaría por desgastarse. Es un Sísifo más... Pero también lo soy yo. He venido a dar, al igual que él, al mismo lugar ¿No es así? Es esto lo que se me ha revelado. Este andar en círculos. Mencione anteriormente que he creído que su presencia reiterada era tan solo una cuestión de azar. Ahora ya no lo creo más.

Creo que este encuentro obedece a un orden superior y más profundo. No quiero decir con esto que crea en el destino, ni mucho menos... sino que tal vez, y solo tal vez desde una dimensión inconsciente, este hombre constituye para mí un símbolo; funciona como un espejo y me grita, desde cualquiera que sea el ángulo en el que lo miré, lo que hasta entonces no había sido capaz de admitir.

Como él, también estoy atado. Una idea se pasea por mis adentros: hay que estar atento de los símbolos que se pueden encontrar en el exterior. No porque sean una manifestación del porvenir, sino porque son una manifestación de lo que hay dentro de uno mismo. Nos hablan en términos de la propia persona. Deben integrarse a la consciencia; de lo contrario, en nosotros atarán sus hilos y nos moverán a su antojo. Es entonces que, desesperadamente, comenzaremos a creer en el destino.

La cena familiar

Pamela Castro Amaya



Typical American Family - Family with fifteen sons at dinner table (1935-1945)

Imagen: Manuscripts and Archives Division

The New York Public Library | Dominio público

La familia es un accidente biológico; es un imprevisto que ocasiona daños en nuestra psique.

Es Nochebuena. Mi familia paterna se concentra alrededor de una mesa. Somos más de veinte. Aumentan las copas; las pláticas son indescifrables y las carcajadas estruendosas. Nadie me habla y yo no hablo con nadie.

No tenemos nada en común.

O tal vez la forma de mis caderas se parece a la de mi abuela y mis tías. Pero a ellas les gustan *Titanic* y a mí *RoboCop*; escuchan a Rocío Dúrcal y yo a Kiss. Los aspectos físicos no nos hacen compatibles; la forma de ser sí.

Hablan de mí: afirman que me quedaré solterona por ser alta. Ríen. Los lazos de sangre no evitan que sean crueles conmigo.

No es que no congeniemos, sino que no quieren hacerlo conmigo.

Deseo hacerme invisible ante sus ojos.

Hace unos años tuve un accidente de automóvil. Me fracturé la cadera y estuve en cama más de un mes. Desde eso me conflictúa manejar.

Contesté un test para saber si el accidente ocasionó trastorno de estrés postraumático. Decía: ¿Cuando piensas en el accidente, te dan náuseas?

¿Consideras que el accidente cambió tu forma de ser? ¿El accidente ha modificado tu estilo de vida?

Respondí que sí: que las reuniones familiares me quitan el apetito; que soy incapaz de compartir mis opiniones en público; que me guardo debajo de la mesa hasta que termina la cena.

Armando

Cybèle Cébyle



Willis Cooper laughing and drinking coffee in the kitchen of his farmhouse near Radcliffe, Iowa (1957) Imagen: Jim Hansen | Library of congress | Dominio público.

—Amara, tráete unas cajas del almacén.

Y otra vez, aún en medio de meses de explotación continua y un sueldo mal pagado, mi jefe me había hecho sonreír con sólo unas cuantas palabras.

No fue su intención, claro está. ¿Qué iba a saber él sobre lo feliz que me hacía ir escaleras abajo hacia el almacén a reponer material para la cocina?

—Ay, mi vida. Cuidado, que se te nota —me decía doña Enid si me veía suspirando cerca de la estación de Armando. Él era un *pâtissier*, un chef especializado en panadería y repostería. Ni había checado su entrada al trabajo y yo ya andaba pasándole un paño a sus máquinas y utensilios con los que hacía los panes del restaurante—. ¿Estás limpiando —preguntaba Enid— o estás dejando tu perfume? —y me veía con una ceja alzada, cuestionándome, pero también echándose a reír conmigo en la complicidad de una mujer que conoce la devoción del amor. Y claro que sí: yo perfumaba. Mi mandil y el área donde Armando hacía su trabajo eran marcados con mi esencia. Se me veía por todas partes que me había enamorado.

Describir a Armando es algo que no atañe a las palabras, sino a los cinco sentidos. La vista mostraba

a un hombre que grácilmente se movía entre los últimos años de sus treinta hacia los cuarenta — opuestos a mis veintes— con unas deliciosas patas de gallo que solían marcársele en los ojos cuando lo hacía reír a carcajadas. Su piel pálida era el mejor contraste para los miles de tatuajes en sus brazos fuertes. Cabello negro, una silueta alta y enjuta, y las manos más pulcras y limpias que he visto jamás, siempre listas para el trabajo de amasado.

De la vista se pasa al tacto, uno al que él inducía cuando me invitaba a sentir el cambio en la textura de su piel si recién se había rasurado los vellos de los brazos, o si ya le habían crecido un poco más de la cuenta. Entonces mis dedos se iban por sus bíceps, encontrándose con un dragón de alas abiertas; su cola me guiaba por el antebrazo y yo recorría sus círculos y espirales hasta desembocar en la piel desnuda de las muñecas, casi a punto de tocarle la mano. A veces me topaba con una inesperada suavidad. Otras, con lo rasposo y urticante de unos vellos que habían vuelto a crecer. “Quitándolos se lucen más los tatuajes”, me decía, y yo palpaba con cuidado, mirándole la boca discretamente mientras él se ponía a explicar con voz profunda. La vibración grave de la voz de Armando se repetía en ecos

dentro de mi cuerpo. Además, me hacía temblar siempre que aparecía uno de sus silbidos cuando empezaba a cocinar; silbidos, no chiflidos: era uno por cada ingrediente de la receta que estuviese preparando, como si con cada silbo terminara un paso del procedimiento. Harina. *Silbido*. Azúcar. *Silbido*. Huevos. *Silbido*. Leche. *Silbido*. Pronto me di cuenta de que con ellos buscaba hacerme reír y aliviar la carga de los días más pesados.

Sobre el gusto, puedo decir que bien hubiese querido probar de él más que sólo el pan que cotidianamente horneaba. Probarlo. Catarlo. Paladearlo. Saborearlo. Engullirlo. Al pan sí que me lo comía. Lo devoraba con ganas, más cuando él mismo quería dármelo en la boca con sus dedos.

Nunca quiso hacerlo de otra forma.

Sus panes eran perfectos para un desayuno a la francesa o para acompañar un café, pero a mí me encantaban así, solos, sin nada más que la esencia pura de Armando. Mi favorito era el *brioche*. Me resultaba fascinante ver cómo Armando agarraba la masa para embestirla contra la mesa una y otra vez. Después de aplastarla con el peso de su cuerpo, se ponía a darle azotes con las palmas desnudas con el fin de generar un pan inflado, suave, con un gusto a sal que me parecía exquisito. Y así hacía con los otros panes. Como yo, las masas de *croissants*, *fougasses*, *pain de campagne* y pastas de hojaldre sucumbían ante el peso de su fuerza: se inflaban de placer y luego, vencidas, soltaban su aire en un suspiro por el que se escapaba el olor inconfundible de la levadura del amor.

Aun así, por más que deglutiera su dulce *pâte à choux* o que me deleitara con sus baguettes recién salidos del horno, a él no habría de probarlo jamás: Armando para mí estaba prohibido. La razón era tan simple como un anillo en su dedo. Su cuerpo no sería mío para ver, ni sus dedos míos para tocar, ni sus "te amo" míos para oír, ni su boca mía para degustar.

Sin embargo, en esta cuenta del uno al cinco, todavía me queda un último sentido. Uno que quise explotar y reclamar para mí enteramente.

En el restaurante —una vieja casona blanca con decoraciones de antaño— el almacén se ubicaba en el piso de abajo, en lo que otrora fuera el sótano de servicio. Había que salir de la cocina y atravesar el comedor para llegar a él. Era un cuarto extenso y había sido construido bajo el nivel del suelo; sin embargo, tenía mucha iluminación. Por sus ventanas podía verse el

césped del jardín frente a frente, como si uno estuviese sumergido en un mar de tierra y hojas verdes. La luz del sol se colaba de forma especial, confiriéndole al almacén un aura cómoda y luminosa, perfecta para mantener ahí latas de conservas, cajas con diferentes materiales, mangas, espátulas, batidoras o cualquier instrumento que se necesitara en la cocina. También era el sitio donde jefes y empleados podían dejar sus mochilas o sus cosas antes de empezar a trabajar.

Pero, muy por encima de todo, el almacén era el lugar donde se quedaban —colgadas, tranquilas, quietas— las filipinas del chef de Armando: todas con ese color gris oscuro con el que siempre lo veía vestido. Cuando Armando se ponía una, se la arremangaba de forma especial; hacía los dobleces con milimétrico cuidado y, una vez listos, daba inicio a ese amasado suyo de potente ímpetu. Al terminar su jornada, bajaba al almacén por sus cosas y dejaba ahí la filipina del día, colgada de un perchero; al día siguiente volvía con una nueva y se llevaba la anterior para lavar.

Una mañana, al dejar mi bolsa en el almacén justo después de haber llegado al trabajo, descubrí que del traje de Armando provenía un poderoso olor. Aspiré con la nariz cerca del perchero de Armando y fue ahí cuando —por la cercanía—, me llegó apenas el rastro de su aroma desde la filipina; aun así, fue más que suficiente para cautivarme por completo y dejarme deseando más. Doña Enid se dio cuenta de cómo me cambió la cara. Creo que entendió la razón porque nos carcajearnos juntas cuando subimos de nuevo a la planta alta.

—No seas como yo, mi alma, que cuando conocí a mi marido me puse loca, loca...

—¿Pero feliz? —le pregunté, preocupada.

—Bueno, sí. Mejor sí ponte loca. Así es como debes ser tú: loca y feliz. A ti te queda.

Ese día supe que debía volver al almacén y que tenía que hacerlo a solas, cuando no hubiera nadie que me viera, cuando estuviese yo en total libertad de explorar la senda oculta que esa fragancia había creado entre su origen y la punta de mi nariz. Por eso, comencé a buscar cualquier excusa para bajar: quizás había olvidado algo en mi muda de ropa, o tal vez doña Enid necesitaba más capacillos, o a lo mejor mi jefe quería que fuera por unas cajas al almacén.

Y así, con gusto, yo bajaba a oler el traje de Armando.

El almacén, todo para mí.

El traje de Armando, todo para mí. Armando, todo para mí.

Pronto se volvió mi costumbre buscar a Armando en el efluviio fragante de su prenda. Y siempre lo encontré.

—Amara, tráete unas cajas del almacén.

Una vez más, mi momento a solas con Armando había llegado. Lo curioso es que él ni siquiera tenía que estar ahí: éramos sólo su aroma y yo.

No era una peste, no. El uniforme que colgaba, aunque usado, siempre estaba limpio. Se trataba, en definitiva, de la esencia natural de su cuerpo. Olor a hombría. Olor a animal. Olor a carne. Olor a sexo. Olor a macho. Un energúmeno de feromonas sexuales que me hacía sentir el llamado de algo más allá de lo humano. Era un perfume, un aroma bestial que a la vez se había vuelto terriblemente adictivo: el traje de Armando despedía una fragancia que para mi organismo no era otra cosa que la más disfrutable de las drogas. Mi cuerpo reaccionaba acorde, con el rostro coloreándose de rojo, la sangre bullendo bajo mi piel y un jadeo tomando control de mi respiración. Un olor no se ve ni se toca, pero sí se percibe con un *algo* que trasciende a los sentidos. No es como el frío, que puede congelar si se anda en busca de frescura. Tampoco es como el fuego, con calidez que quema si uno se le acerca demasiado. El olor atrapa a quien lo huele sin importar la distancia ni el tiempo. El olor evoca memorias, dispara recuerdos y desencadena una miríada de imágenes y pensamientos. Para mí, el aroma de Armando se sentía como hundir la nariz en un cúmulo de hierba fresca y aspirar el olor más vivo y crudo de la naturaleza; como lamer el tronco perfumado, firme, de un abedul o de un ciprés; como beberse el pulso mismo de la corriente de las aguas de un río; como recorrer el lomo de un enorme animal, —primero con las palmas, después con las uñas— y sentir cómo se le eriza la piel.

El primer día en que me quedé a solas con el olor de Armando, acaricié el cálido algodón del que estaba hecha la filipina y, con pupilas dilatadas y los ojos bien abiertos, la tomé entre mis manos y la estrujé contra mi rostro, sintiendo que los párpados se me cerraban delicadamente al ceder ante el encanto del aroma. Percibí cómo mis otros sentidos estuvieron al servicio de la imaginación que el olfato había desatado a cauce suelto. Se potenció el tacto. Se aguzó mi vista. Enloqueció mi gusto y, por un instante, juro que mi lengua salió a relamerme la boca en busca de un rastro de algo más que dijera “Armando”.

Entonces el ruido de afuera fue tragado por las paredes de un cuarto que, por un momento, se volvió enteramente mío, mío y de mi placer, de mi disfrute personal con Armando, siempre tan mío cada que mi jefe me mandaba —sospechando de mi repentino buen humor— a buscar cajas al almacén.

Aún hoy, después de tantos años, me toma el recuerdo del perfume y hace desfilar por mi mente todas las vivencias compartidas ese verano junto a un hombre llamado Armando.

“Armando”.

Amar a Armando. Amando.

Amado.

Amor.

Escondido entre las letras de su nombre fluye el aroma de todas las palabras que nunca me atreví a decirle.

Una de las muchas tardes en que había bajado al almacén, crucé el comedor con una gran sonrisa y las cajas que me habían pedido. Antes de llegar a la cocina, pude distinguir, a través de la ventana circular de la puerta abatible, la figura inconfundible de Armando. Él —creyendo que nadie lo estaba viendo— hundía suavemente el rostro en el mandil fragante que yo había dejado olvidado.



Carnaval celebration, Holy Ghost Society, Lowell, Massachusetts (1988)
Imagen: D. Dentale & Tom Rankin | Library of congress | Dominio público.

Dzityá

PUERTA DE
PIEDRA DZITYÁ

HACIENDA
SODZIL NTE.

Puntos de distribución en Mérida

Recuerda que nuestra revista es gratuita, y la puedes conseguir en cualquiera de las siguientes ubicaciones:



Sempere, Café Literario **Otra Librería Sempere**

Calle 62, no. 479 (segundo piso) x 55 y 57, colonia Centro



El Apapacho "Comida Nada Gourmet y Arte" **La Meiga Librería Feminista**

Calle 62, no. 354 x 41 y 43, colonia Centro



El Hoyo, casa del té

Calle 62, no. 468 x 55 y 57, colonia Centro



Biblioteca Central Estatal "Manuel Cepeda Peraza"

Calle 55, no. 515 x 62, colonia Centro



Centro Cultural La Ibérica

Calle 37, no. 526 x 74 y 74A, colonia García Ginerés



Centro Cultural José Martí

Av. Colón, esquina con calle 20, colonia García Ginerés



Café Relato

Calle 27, no. 227, colonia Miguel Alemán



Centro Cultural Lorca **Bodeguita Mosca (librería)**

Calle 39A, no. 192 x 16B y 16E, Fracc. Gran San Pedro Cholul



Buen Confidente

Torre Baltia, Calle 61, no. 142 (planta baja), colonia Montes de Amé



Rosagante

Calle 41, no. 251 C, Fraccionamiento La Castellana



CORDEMEX



KCUMPICH

D
O

MONTE
DE AMÉ

EMI
ZAPA

CHUBURNA
DE HIDALGO

ONES

COL. I

IT



CENTRO

SAN
DE ICA



CACAL
ICHEN

